

628726000001
LUCRECIA BORGIA,

DRAMA EN CINCO ACTOS

ESCRITO EN FRANCÉS

POR VICTOR HUGO,

traducido libremente al castellano

POR

D. ANGEL GEPEDA.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1841.

PERSONAS.

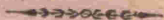
DOÑA LUCRECIA BORGIA.
DON ALFONSO D'ESTE.
GENARO.
YUBETA.
MAFEO ORSINI.
JACOBO LIBERETO.
DON APÓSTOLO GACELA.
ASCANIO PETRUCI.

LUDOVICO VITELOZO.
RUSTIGUELO.
ASTOLFO.
LA CONDESA NEGRONI.
UN UGIER.
DISCIPLINANTES, SEÑORAS,
DAMAS, PAGES, GUARDIAS,
ESBIRROS.

La escena pasa en Venecia y en Ferrara, en el año
de 15...

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y esirange-ro, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima.

ACTO PRIMERO.



La escena representa un jardín del palacio Barbarigo en Venecia. Diversas máscaras atraviesan á menudo el teatro. A los dos lados del jardín se ve el palacio magníficamente iluminado; dentro se oye música de cornetas y otros instrumentos de viento. Se supone que al pie del jardín corre el canal de la Zueca, por el cual se ven pasar á cada instante góndolas llenas de máscaras y músicos, cuyo alumbrado no disipa del todo la oscuridad. Cada una de estas góndolas atraviesa el foro con una sinfonía, unas veces festiva, otras lúgubre, que se va apagando poco á poco á medida que se alejan las barcas. En el fondo se ve la ciudad de Venecia al reflejo de la luna.

ESCENA PRIMERA.

(Aparecen varios caballeros jóvenes, ricamente vestidos, con máscaras en las manos y conversando en el jardín.)

YUBETA. GENARO, *vestido de capitán*. APÓSTOLO. MAPEO.
ASCANIO. LUDOVICO. JACOBO.

Lud. Vivimos en un tiempo tan fecundo en maldades, que ya no se habla de aquella; pero no sería fácil recordar un acontecimiento mas horrible y misterioso.

Asc. Fue hazaña infernal, consumada por demonios en figura de hombres.

Jac. Yo sé esa historia, caballeros; la sé por mi primo el cardenal Bodoni, que estaba muy al corriente de todo. Ya me entendeis, el cardenal Bodoni, aquel de la disputa con el cardenal Riario, con motivo de la guerra contra Carlos VIII, rey de Francia.

Gen. Anda con Dios! Ya va el buen Jacobo á embecarnos una historia... pero á fé que por mi parte no la he de escuchar: demasiado cansado estoy ya sin eso.

Maf. Estas cosas no te interesan á tí, Genaro, y es muy natural. Tú eres un caudillo de aventureros, famoso por tu valor, pero que te llamas como te has queri

llamar. Ignoras quiénes fueron tu padre y tu madre, y aunque nadie duda de que fueron muy nobles, porque tus prendas lo son, sin embargo, todo lo que sabemos acerca de tu hidalguía es que peleas como un Roldan. Espero que no te agraviarás de lo que te digo; sabes que somos compañeros de armas; me salvaste la vida en Rimini, y yo te la salvé en el puente de Vicencia; nos hemos jurado ayudarnos mutuamente en todos los peligros de guerra y en todas las empresas amorosas; todos tus enemigos lo son míos, y los míos lo son tuyos. Un astrólogo nos pronosticó que moriríamos en el mismo día, y le dimos diez cequíes de oro por su pronóstico: en una palabra, no somos solamente unos buenos amigos, somos unos verdaderos hermanos; pero en fin, tú tienes la felicidad de llamarte Genaro á secas, de no tener deudo con nadie, ni arrastrar contigo á todas partes alguna de aquellas fatalidades, á veces hereditarias, que acompañan á los apellidos célebres en la historia. Dichoso tú una y mil veces. Qué te se da á tí de lo pasado ni de lo presente, con tal que haya hombres con quien pelear y mugeres con quien divertirse? Nosotros no estamos en el mismo caso: tenemos derecho de interesarnos en las catástrofes de nuestra época; nuestros padres y familias participaron de los golpes, y las heridas que recibieron estan todavía brotando sangre... cuéntanos todo lo que sepas, Jacobo.

Gen. (Echándose en un sillón en postura de querer dormir.) Despiértennme ustedes cuando acabe el historiador.

Jac. Pues amigo, el año 1483...

Yub. (Desde una esquina del teatro.) Qué ochenta y tres? ochenta y siete.

Jac. Verdad es, ochenta y siete: una noche del invierno... Me parece que era jueves.

Yub. No era sino lunes.

Jac. Lunes? Ah! sí, lunes. Pues, señor, aquella noche estaba un patron del Tiber metido en su barca guardando el cargamento, cuando... vamos, fue cosa espantosa. Un poco mas abajo de la iglesia de San Gerónimo, sería la una de la noche, se presentaron dos hombres en medio de las tinieblas por el camino que

está á la izquierda del templo, dando vueltas de un lado á otro, como quien no las tiene todas consigo; luego asomaron otros dos, en seguida tres, suma total siete. No habia mas que uno á caballo; la noche estaba bastante lóbrega. En todas las casas que miran al rio no habia mas que una sola ventana con luz. El que estaba montado volvió las ancas de su caballo á la parte del rio, y entonces el patron de la lancha distinguió perfectamente á la grupa del ginete dos piernas que colgaban de un lado, y una cabeza y dos brazos que colgaban de otro: un hombre muerto. Mientras que los compañeros hacian centinela en las esquinas de las calles inmediatas, dos de los que estaban á pie cogieron el cadáver por la cabeza y las piernas, le bambolearon con fuerza dos ó tres veces, y dieron con él en medio del rio. En cuanto oyó caer el cuerpo en el Tiber el que estaba á caballo hizo una pregunta, á la cual contestaron los otros: No lo dude vucencia. Entonces el ginete se volvió hácia el rio y vió una cosa negra que andaba sobre el agua: preguntó lo que era, y le respondieron: Es la capa de su esclencia, que al caer en el agua se le ha desprendido. En seguida uno de ellos tiró algunas piedras á la capa hasta que se hundió. Hecho esto se fueron todos juntos por el camino que va á Santiago.

Maf. Qué lúgubre aventura! No sería persona de poco respeto la que arrojaron al agua. Me horroriza la idea de aquel caballo; el asesino cabalgando, y el asesinado á la grupa.

Yub. Sobre aquel caballo iban dos hermanos.

Jac. Usted lo ha dicho, señor conde; el difunto era Juan Borgia, y el vivo César Borgia.

Maf. Familia de réprobos los tales Borgias. Pero por qué César hizo quitar la vida á su hermano?

Jac. No me lo pregunteis: el motivo fue tan detestable, que hasta el hablar de ello es pecado mortal.

Yub. Si vos no lo quereis decir yo lo diré, que no tengo frenillo en la lengua. César Borgia mató á Juan, duque de Gandía, porque los dos hermanos amaban á la misma muger.

Maf. Quién era esa muger?

Yub. (Siempre en el fondo del teatro.) Lucrecia Borgia.

Jac. Por Dios, señor conde de la Atalaya, no pronuncies delante de nosotros el nombre de esa furia. Todas nuestras familias lloran sus atrocidades.

Maf. Tambien se dijo que habia un niño de por medio.

Jac. Sí, un niño, cuyo padre solo nombraré: el difunto Juan Borgia.

Maf. Ese muchacho si viviera sería ya hombre.

Lud. Sí sería, pero desapareció.

Jac. No se sabe á punto fijo si César Borgia logró separarle de su madre, ó si ésta le pudo arrancar de las garras de César Borgia.

Após. Si la madre le tiene oculto, hace perfectamente: desde que César Borgia trocó la púrpura por el ducado de Valencia del Ródano ha despachado al otro mundo, ademas de su hermano Juan, á sus dos sobrinos los hijos del príncipe de Esquilache, y á su primo el cardenal Francisco Borgia. Es hombre que no deja pariente á vida.

Jac. Toma! para heredar todas las riquezas de su casa.

Asc. Y dígame usted, Jacobo, no desapareció por aquella época Lucrecia Borgia, y no fue á encerrarse por algunos meses en el monasterio de San Sixto?

Jac. Creo que sí: queria separarse de su segundo esposo Juan Esforcia.

Maf. Y cómo se llamaba el patron del barco que fue testigo de todo?

Jac. Eso no lo sé.

Yub. Se llamaba Jorge Esquiabone, y se empleaba en conducir leña por el Tiber.

Maf. (*En voz baja á Ascanio.*) Este diablo de español tiene mas noticias que nosotros acerca de nuestros asuntos.

Asc. Desconfio de él tanto como tú; pero mas vale no escudriñar mucho la cosa; tal vez sería peligroso.

Jac. Yo vuelvo á mi tema. En qué tiempos vivimos! Entre las guerras, las pestes y los Borgias, no hay criatura humana que esté segura. Pobre Italia!

Após. Vamos á otra cosa, caballeros; creo que todos nosotros estamos nombrados para acompañar á los embajadores que han de ir á Ferrara á cumplimentar al duque por haber recuperado á Rimini, que habia caido en poder de los Malatestas.

Jac. Sí, todos nosotros vamos.

Após. Y cuándo salimos de Venecia?

Jac. Pasado mañana sin falta. Ya saben ustedes que los dos embajadores son el senador Thiépolo, y el general de las galeras Grimani.

Após. Vendrá con nosotros el capitán Genaro?

Mañ. Es por supuesto. Genaro y yo nunca nos separamos.

Asc. Permítanme ustedes que les haga una advertencia que no me parece inoportuna. Allá dentro se están bebiendo el vino de España sin contar con nosotros.

Mañ. Tú que tal dijiste. Vamos allá, vamos... Genaro... Pues no se ha dormido real y verdaderamente durante vuestro cuento! (*A Jacobo.*)

Jac. Dejadle que descanse. (*Vanse todos menos Yubeta.*)

ESCENA II.

GENARO, dormido. YUBETA. Después LUCRECIA.

Yub. Sé mucho más que ellos de sus asuntos. Lo decían en voz baja, y creyeron que no los había oído. Tienen razón: sé mucho más que ellos; pero doña Lucrecia sabe más que yo; y el duque Valentin sabe más que doña Lucrecia; y el diablo más que el duque Valentin; y alguno que me sé yo, y que está en Roma, más que el diablo. (*Reparando en Genaro.*) Qué bien duerme la gente moza! (*Entra Lucrecia enmascarada. Ve á Genaro dormido, y se acerca á contemplarle con una especie de éxtasis y respeto.*)

Luc. (Duerme! Estará cansado de la fiesta. Qué hermoso es!) Yubeta! (*Se vuelve al otro lado.*)

Yub. Mas callandito, señora. Aquí no me llamo Yubeta, sino el conde de la Atalaya. Me creen español. Y vos os habeis convertido en mi señora la marquesa de Pontecuatrato, dama napolitana. Debe parecer que no nos conocemos; no estais en vuestra corte, sino en Venecia.

Luc. Es verdad, Yubeta; pero no hay aquí nadie más que nosotros dos, y ese jóven que está dormido. Podemos conversar un instante.

Yub. Como querais; pero aun tengo un consejo que daros, y es que no os quiteis la mascarilla; podrian conoceros.

Luc. Poco me importa. Sino saben quién soy, nada tengo que temer. Si llegan á saberlo, ellos son los que deben temblar.

Yub. Estamos en Venecia, señora; teneis aqui muchos enemigos, y enemigos libres. Ciertamente la serenísima república no permitirá que se os atropelle, mas podrian insultarnos.

Luc. Ay, sí! tienes razon; en efecto, horroriza mi nombre.

Yub. No solo hay aqui venecianos, hay tambien romanos, napolitanos, romaneses, lombardos, naturales de todos los pueblos de Italia.

Luc. Y la Italia entera me odia! Tienes razon! Es menester que esto mude. No habia yo nacido para hacer daño á nadie. Lo conozco ahora mas que nunca; pero una perversa educacion, y el ejemplo de mi familia, me precipitaron... Yubeta.

Yub. Señora.

Luc. Voy á darte algunas órdenes que han de comunicarse inmediatamente á mis estados de Espoleto.

Yub. Lo que dispongais: siempre tengo cuatro mulas ensilladas, y cuatro postillones prontos á romperse la crisma.

Luc. Qué es de Galeazo Acáyoli?

Yub. Sigue preso, entre tanto que le mandais ahorcar.

Luc. Y Jofre Buon del Monti?

Yub. En su calabozo tambien: no habeis dicho todavía que se le dé garrote.

Luc. Y Manfredo de Cúrzola?

Yub. Lo mismo: aun tiene la cabeza sobre los hombros.

Luc. Y Espada Capa?

Yub. No habeis querido que se le envenene hasta el día de Pascua; pero ya solo faltan seis semanas; estamos en Carnaval.

Luc. Que se le envenene...! No, al contrario: que se le ponga en libertad; que se ponga en libertad Acáyoli; en libertad á Manfredo de Cúrzola; en libertad á Buon del Monti.

Yub. Poco á poco, señora; dejadme respirar. Qué órdenes son las que me dais? Jesus María! qué lluvia de indultos! qué granizo de misericordia! Me hallo sumergido en un mar de clemencia: cómo he de salir yo con bien de tal diluvio de buenas obras?

Luc. Buenas ó malas, para tí es indiferente, con tal que te las pague.

Yub. Ya; pero es que una buena obra es mucho mas difícil de hacer que una mala; y luego, pobre de mí! si seguís de ese humor, cuál será de mi suerte? De qué puedo yo servir á una persona virtuosa?

Luc. Mira, Yubeta, tú eres el mas antiguo y el mas fiel de mis confidentes...

Yub. Con efecto, hace quince años que tengo la honra de ser vuestro colaborador.

Luc. Mi consejero, mi cómplice, el instrumento principal de todas mis maldades; pero di, Yubeta, no espermentas ya como una necesidad de mudar de vida? No darias todo lo que posees porque nos bendijeran á tí y á mí tanto como nos han maldecido? Será posible que no te cause ya hastío el crimen?

Yub. Vamos, ó Dios os ha tocado en el corazon, ó el diablo se quiere divertir á nuestra costa.

Luc. Qué, la infame celebridad que á entrambos nos rodea, esa celebridad de horror, de asesinato, de envenenamiento, no empieza ya á serte gravosa?

Yub. A mí? Todo ello me tiene sin cuidado. Verdad es que cuando paso por las calles de Espoleto oigo á algunos canallas gruñir entre dientes y decir: Ahí va, él es; Yubeta, Yubeta puñal, Yubeta veneno, Yubeta picota; porque habeis de saber que me han puesto una cáfila de apodos á cual mas halagüeños; pero ya digo, los oigo como quien oye llover: en la suposicion de que si necesitase de alguno de ellos, me servirian á mí mejor que á otro que los hubiera colmado de beneficios.

Luc. Pero en fin, no te parece que esos afrentosos nombres que te dan, y me dan á mí tambien por desgracia, deben necesariamente granjearte el odio y el menosprecio de algun corazon que tú descartas que te amase? Qué, no amas á nadie en este mundo, Yubeta?

Yub. Yo quisiera saber á quién ama Lucrecia Borgia.

Luc. Y qué sabes tú? Mira, contigo seré franca: no te hablaré ni de mi padre, ni de mi hermano, ni de mi marido... tampoco se trata de ningun amante...

Yub. Pues no sé yo á qué otra persona humana se puede amar.

Luc. Hay todavía otro amor mas imperioso, mas tierno.

Yub. Ah! Ya caigo: ardeis en amor de Dios.

Luc. Si existiese hoy en Italia, en nuestra delincuente y fatal Italia, un corazon noble y puro, dechado de elevacion y de virtudes varoniles, un corazon de angel oculto bajo la coraza de un soldado; sino me quedase á mí, infeliz muger, abominada y maldecida de los hombres, condenada irremisiblemente por el cielo, sino me quedase, repito, en el desamparo yagonia continua de mi alma sino un apoyo único, una esperanza, un deseo, el de merecer y conseguir antes de mi muerte un pequeño lugar en aquel corazon tan altivo y generoso; sino tuviese otro pensamiento, otra ambicion que la de sentirle palpitar algun dia tranquila y plazeramente sobre el mio, estrañarias entonces, Yubeta, que fuese tanta mi prisa por enmendar lo pasado, por lavar los borrones de mi fama, por arrancar el sello de reprobacion que llevo conmigo á todas partes, y cambiar en una idea de gloria, de penitencia y de virtud, la idea infame y sanguinaria que despierta en Europa mi nombre?

Yub. Señora, yo he oido decir que hay una cosa que llaman remordimientos: es eso, por ventura, lo qué sentis?

Luc. No lo dudes, Yubeta: hace tiempo que lucho con estas ideas, aunque no te lo he dicho. Cuando nos dejamos arrebatat por un torrente de crímenes, no siempre está en nuestra mano volver atras ó detenernos. Dos ángeles pugnaban por enseñorearse de mí, el uno malo, y el otro bueno; pero creo que por fin la victoria será del último.

Yub. Sabeis, señora, que me parece que me estais hablando en hebreo? De algun tiempo á esta parte os habeis vuelto enteramente enigmática para mí. El mes pasado declarásteis que queriais partir á Espoleta; os despedisteis de mi señor don Alfonso d'Este, vuestro esposo, que es un santo varon, enamorado de vos como un tórtolo y zeloso como un tigre; dejamos á Ferrara, nos venimos secretamente á Venecia casi los dos solos, sin mas música ni acompañamiento; os apropiáis un falso título napolitano, y me

bautizais con un falso título español; no bien llegamos aquí nos separamos como dos enemigos, me mandais fingir cuando nos veamos que no nos conocemos, os dedicais á correr todas las tertulias y diversiones, aprovechándoos de las carnestolendas para ir siempre enmascarada y que nadie os conozca, no me hablais mas que un momento por las noches, y eso de paso; y por último, toda esta mogiganga viene á parar en predicarme un sermón que me río yo de todos los misioneros de Italia. Pues estamos aventajados, como hay Dios!

Luc. Ves ese jóven? (*Cogiéndole con fuerza del brazo y llevándole adonde está Genaro dormido.*)

Yub. Ese jóven no me es desconocido, y sé muy bien que le seguis á todas partes desde nuestra llegada á Venecia.

Luc. Y qué dices tú de él?

Yub. Yo digo que es un jóven que duerme profundamente acostado sobre un banco, y que se hubiera quedado dormido aunque fuese de pie derecho si hubiera podido oír la plática doctrinal que habeis tenido la bondad de dirigirme.

Luc. No te parece hermosísimo?

Yub. Mas hermoso sería sino tuviese los ojos cerrados; una cara sin ojos es un palacio sin ventanas.

Luc. Si supieras cuánto le quiero!

Yub. Eso, traslado á la parte, es decir á vuestro esposo el duque de Ferrara; pero en todo caso os prevengo que ese mocito está enamorado, segun dicen, de una mocita llamada Fiameta.

Luc. Y la mocita le quiere?

Yub. Dicen que mucho.

Luc. Mejor! deseo tanto que sea feliz!

Yub. Otra que bien baila! qué, tampoco sois ya zelosa?

Luc. (*Contemplando á Genaro.*) Habrá en el mundo figura mas noble!

Yub. Sabeis qué digo? que se parece á...

Luc. Basta, basta; no me digas á quién se parece: déjame. (*Vase Yubeta.*)

(*Lucrecia permanece un instante como arrobada considerando á Genaro, y sin ver que han entrado en el teatro dos hombres enmascarados, y que la observan desde el foro.*)

Es el mismo; (*Creyéndose sola.*) por fin he logrado verle un momento sin que peligre su vida! Ah, no se me habia representado mas hermoso en mis sueños! Dios mio! preservarme de su desprecio, de su odio. Bien sabeis que no amo otra cosa en la tierra sino á él! No me atrevo á quitarme la máscara; pero siquiera para enjugar mi llanto... (*Se quita la máscara para enjugarse los ojos. Los dos hombres enmascarados hablan en voz baja, mientras que ella toma la mano de Genaro y se la besa.*)

Homb. 1.º Basta con esto; ya puedo volverme á Ferrara. No vine á Venecia sino para cerciorarme de su infidelidad. Ya he visto harto. No puedo faltar mas largo tiempo de Ferrara. Este jóven es su amante: cómo se llama, Rustignelo?

Homb. 2.º Se llama Genaro; es un capitan de aventureros, un jaqueton perdonavidas, abandonado de sus padres, á quienes ninguno ha conocido. Actualmente sirve con cincuenta lanzas á la república de Venecia.

Homb. 1.º Haz porque venga á Ferrara.

Homb. 2.º Trabajo escusado, señor; pasado mañana saldrá para vuestra corte con otros amigos suyos, agregados á la comitiva de los embajadores Thiépolo y Grimani.

Homb. 1.º Está bien. Las noticias que me dieron fueron ciertas. Bastante hemos visto, Rustignelo: podemos volvernos á Ferrara. (*Vanse.*)

Luc. (*Juntas las manos, y arrodillada delante de Genaro.*) Dios mio, que sea tan feliz como yo he sido desdichada! (*Vuelve á besar la mano á Genaro, el cual se despierta sobresultado.*)

Gen. Qué es esto...? (*Cogiendo de los brazos á Lucrecia, que no se lo esperaba.*) Una muger...? Besándome la mano! quién sois? quién sois?

Luc. Soltad, por Dios, Genaro.

Gen. Eso no, yo he de saber...

Luc. Que viene gente. (*Huye, y Genaro la sigue.*)

ESCENA III.

JACOBO. Despues MAFEO.

Jac. (*Entrando por el lado opuesto.*) Aquel rostro..!

No hay duda... Es ella. En Venecia esta muger...! Hé, Mafeo.

Maf. Qué hay? qué quieres? (*Entrando.*)

Jac. Referirte un encuentro inaudito. (*Hablan en voz baja.*)

Maf. Estás seguro?

Jac. Como de que estamos ahora en el palacio Barbarigo.

Maf. Y la estaba galanteando Genaro?

Jac. Sí; pero no la conoce.

Maf. Vamos á librarle de sus redes.

Jac. Y avisaremos á los demas amigos. (*Vanse. Durante algun tiempo la escena permanece vacia. Solo se ven de cuando en cuando pasar algunas góndolas con músicas. En seguida vuelven Genaro y Lucrecia enmascarada.*)

ESCENA IV.

GENARO. LUCRECIA.

Luc. Ya se han ido todos; ahora puedo quitarme la máscara. Quiero que veais mi rostro. (*Se quita la máscara.*)

Gen. Sois hermosísima.

Luc. Mírame bien, Genaro, y dime que no te infundo horror.

Gen. Infundirme horror, señora! por qué causa? Tan lejos de eso, siento en mí un impulso que me inclina á amaros.

Luc. Qué dices, Genaro mio! Podrias tú amarme?

Gen. Por qué no, señora? Sin embargo, soy ingenuo, hay en el mundo una muger á quien amaré siempre mas que á vos.

Luc. Ya sé, la jóven Fiameta.

Gen. No por cierto.

Luc. Pues quién?

Gen. Mi madre.

Luc. Tu madre! tu madre! Genaro mio! Con que tanto quieres á tu madre?

Gen. Si la quiero...! Y sin embargo nunca la he visto. Mirad, voy á confiaros un secreto que nunca he revelado á nadie, ni aun á mi compañero de armas, á Mafeo Orsini. Soy un capitán de aventureros, que

no he conocido á ninguno de mis parientes. Hasta la edad de diez y seis años me creía hijo de un pescador de Calabria, en cuya casa me crié, pero cuando los cumplí me dijo él mismo que no lo era. Poco tiempo despues se presentó alli un personage que me armó caballero, y se fue sin descubrirse, ni haber levantado siquiera una vez la visera de su almete. Mas tarde llegó otro hombre vestido de negro á traerme una carta. La abrí; era de mi madre, y concebida en términos tan afectuosos que no sé con qué la podré pagar. Por esta carta supe que mi linage era ilustre, y mi madre muy infeliz. Madre de mis entrañas!

Luc. Ay de mí! Prosigne, Genaro.

Gen. Desde aquel dia me hice soldado, porque valiendo tanto por mi nacimiento, quise valer tambien algo por mis obras. He recorrido toda la Italia, y me he granjeado un buen nombre. Pero el primer dia de cada mes, en cualquier parte en que me halle, se me presenta el mismo mensagero, que me entrega una carta de mi madre, toma mi respuesta, y se va. Nunca le digo nada ni él me dice á mí, porque es sordo y mudo.

Luc. Qué haces con esas cartas?

Gen. Qué? traerlas siempre conmigo, sobre mi corazon. Para un soldado no hay mejor peto que las cartas de su madre.

Luc. Indole generosa!

Gen. Quereis ver cuánto me ama? tomad, leed cualquiera de ellas. (*Saca del pecho un papel, y despues de besarle se le entrega á Lucrecia.*)

Luc. (*Leyendo.*) "Hijo querido, no te empenes en conocerme hasta que yo te avise. Ten lástima de mí. Estoy rodeada de parientes despiadados que te asesinarían como asesinaron á tu padre. Solo yo debo saber el secreto de tu nacimiento. Si te le descubriera, es tan ilustre y desdichado al mismo tiempo, que no podrias disimular, y no vivirias dos dias. Conténtate con saber que tienes una madre que adora en tí, y vela sobre tu vida constantemente. A Dios, mi Genaro, hijo mio; tú eres todo lo que amo sobre la tierra: mi corazon se derrite cuando pienso en tí..." (*Las lágrimas no la dejan continuar.*)

Gen. Con qué espresion leéis! Parece que sentís vos misma... Qué veo! llorais...? Ah! cuánto os agradezco esa ternura... (*Recoge la carta y la guarda despues de volverla á besar.*) Sí, asesinaron á mi padre, rodearon mi cuna de crímenes... Ya veis, señora, que es imposible que llamen mi atencion los amores y galanteos; no tengo mas que un objeto en este mundo, una idea fija; la de libertar á mi madre, servirla, vengarla, ser todo su consuelo. Oh qué felicidad! Despues pensaré en el amor. Cuanto hago, lo hago por ser digno de tener tal madre. Hay muchos aventureros que no son escrupulosos, y que pelearian á favor del diablo, despues de haber peleado á favor de Dios. Yo no defiendiendo sino las causas justas. Quiero deponer algun dia á los pies de mi madre una espada sin mancilla, y noble como la de un emperador. No hace mucho tiempo que rehusé una gruesa suma que me ofrecian por pasar al servicio de esa infame Lucrecia Borgia.

Luc. Genaro! Genaro! Ten compasion de los malvados; tú no sabes lo que pasa en su corazon.

Gen. Yo no me compadezco de los que no se compadecen de nadie. Pero dejemos esto á un lado, y supuesto que os he dicho quién soy, haced vos lo mismo, y declaradme con quién estoy hablando.

Luc. Con una muger que os quiere bien.

Gen. Pero cómo os llamais?

Luc. No me preguntéis mas.

ESCENA V.

LOS MISMOS. MAFFEO. JACOBO. ASCANIO. LUDOVICO. APÓSTOLO. DAMAS. PAGES *con antorchas.*

Maf. (*Con una antorcha en la mano.*) Genaro, quieres saber á qué muger estás galanteando?

Luc. (*Cielos!*) (*Ya enmascarada.*)

Gen. Todos sois mis amigos; pero vive Dios que si alguno toca á la máscara de esta muger se ha de arrepentir. La máscara de una muger es tan sagrada como la cara de un hombre.

Maf. Sin duda, cuando la muger es muger; pero no

queremos afrentar á esa, no queremos mas que decirle nuestros nombres. (*Acercándose á Lucrecia.*) Señora, yo soy Mafeo Orsini, hermano del duque de Gravina, á quien vuestros satélites ahogaron de noche estando en su cama durmiendo.

Jac. Señora, yo soy Jacobo Libereto, sobrino de Libereto Viteli, á quien hicísteis dar de puñaladas en las cuevas del Vaticano.

Asc. Señora, yo soy Ascanio Petrucci, primo hermano de Pandolfo Petrucci, señor de Siena, asesinado de orden vuestra para robarle mas facilmente su feudo.

Lud. Señora, yo me llamo Ludovico Viteloza, y soy sobrino de Diego Apiani, á quien dísteis yerbas en un sarao despues de despojarle alevosamente de su castillo de Piombino.

Após. Señora, hicísteis subir al cadalso á don Francisco Gacela, tio materno de don Alfonso de Aragon, vuestro tercer marido, á quien vuestros alabarderos mataron en la meseta de la escalera de San Pedro. Yo soy Apóstolo Gacela, primo del uno, é hijo del otro.

Luc. (Dios mio!)

Maf. Y ya que os hemos dicho nuestros nombres, queréis que os digamos el vuestro?

Luc. No, no por Dios, señores, no delante de él.

Maf. (*Arrancándole la máscara.*) Quitaos esa máscara, señora; veamos si podeis todavía sonrojaros.

Gen. Pero quién es esta señora?

Maf. Quieres que te diga aun mayores infamias de ella con solo pronunciar su nombre?

Luc. Ah! (*Fuera de sí.*) No le pronuncieis!

Maf. Quieres saber su nombre, Genaro?

Luc. (*Fuera de sí.*) Di que no quieres, di que no quieres!

Maf. Es Lucrecia Borgia.

Gen. Qué horror! (*Apartándola de sí.*)

(*Cae desmayada á sus pies.*)

ACTO SEGUNDO.

Una plaza de Ferrara. A la derecha el palacio ducal con celosías en el balcon, y una puerta baja y dos escudos de armas juntos debajo. A la izquierda una casa pequeña con puerta á la plaza. En el fondo casas y campanarios.

ESCENA PRIMERA.

LUCRECIA. YUBETA.

Luc. **E**stá ya todo dispuesto para esta noche?

Yub. Todo está dispuesto.

Luc. Vendrán los cinco?

Yub. Ninguno faltará.

Luc. Me ultrajaron cruelmente, Yubeta.

Yub. Hubiera yo estado allí!

Luc. No tuvieron compasion, y despues de apurar todos los denuestos, me dijeron mi nombre.

Yub. En medio del baile?

Luc. Delante de Genaro.

Yub. Ni yo sé cómo se han atrevido á venir á Ferrara.

Es verdad que con el senado de Venecia no se juega; y una vez nombrados para acompañar á los embajadores, era preciso obedecer.

Luc. Ya seré despreciable, aborrecible á los ojos de Genaro, y todo por culpa de ellos. Ah! yo me vengaré.

Yub. Enhorabuena, señora; ya eso es decir algo. Confieso que me asustaron vuestros repentinos escrúpulos, y que estaba como quien ve visiones oyéndoos hablar de misericordia. Gracias á mi fortuna, la cosa no pasó adelante, y habeis vuelto á vuestro estado natural, que es lo que debe ser. Porque al fin, señora, es menester conocerlo, un lago es lo contrario de una isla, una torre es lo contrario de un pozo, un acueducto lo contrario de un puente, y vuestras inclinaciones y las mias son lo contrario de la probidad.

Luc. Genaro viene con ellos; ten cuidado de que no le suceda nada.

Yub. En tratándose de obrar bien, no valemos un ar-dite.

Luc. Déjate de donaires, y atiende á lo que te digo. Cuidado que no suceda algun desastre á Genaro!

Yub. Nada le sucederá.

Luc. Cuánto daría por volverle á ver!

Yub. Qué decís! Pues no le estais viendo á todas horas? No está alojado por disposicion vuestra en esa casucha miserable en frente de vuestros balcones, y puesta detras de las celosías no podeis disfrutar á vuestro sabor el regalado placer de contemplarle cuando sale y entra?

Luc. Sí; pero quisiera hablar con él.

Yub. Tampoco es difícil. Hacedle decir con vuestro candatario Astolfo que le esperais en palacio á la hora que se os antoje.

Luc. Y crees tú que vendrá?

Yub. Pues no ha de venir? Pero retiraros, porque si la vista no me engaña, él mismo y sus amigos se encaminan hácia aqui.

Luc. Cierto. Ellos son. A Dios, y no olvides nada de lo dicho.

ESCENA II.

YUBETA. *Despues* GENARO. MAFEO. JACOBO. ASCANIO. APÓSTOLO. LUDOVICO.

Yub. (Solo.) Quién será este Genaro, y qué diablos querrá con él? No me fia todos sus secretos, ni con mucho; y precisamente los que no me fia son los únicos que yo desearía averiguar. Paciencia; mas ya que se guarda de mí, no pienso ayudarla en esta ocasion. Allá se las avenga con su Genaro, y que se gobiernen como puedan. Pero quién diría que habia de andar con tantos preliminares una hija de Rodrigo Borgia y de la Vanoza; una muger por cuyas venas corre sangre de dama cortesana y sangre del Antecristo? Lucrecia Borgia dedicada al amor platónico! Para que luego no crea uno en brujas! Ya estan aqui estos espirituados. A fé que ha sido peregrina ocurrencia de-

jar un país libre y neutral como Venecia, y zamparse en Ferrara despues de haber ofendido mortalmente á la duquesa. Mejor cuenta les hubiera tenido pasar cualquier trabajo en su patria que venir á meterse en la boca del lobo. (*Entran los dichos sin reparar en Yubeta, que los observa arrimado á uno de los pilares que sostienen el balcon. Mientras, hablan unos con otros en voz baja, y manifiestan inquietud.*)

Maf. Digan ustedes lo que quieran, señores; ha sido el colmo de la temeridad, teniendo por enemiga á Lucrecia Borgia, venir á un pueblo en donde manda despóticamente.

Jac. Qué daño puede hacernos esa muger? No servimos nosotros á la república de Venecia? No hacemos parte de la embajada, y de consiguiente son sagradas nuestras personas? Intentar arrancarnos un solo cabello sería lo mismo que declarar la guerra al dux y Ferrara no está en el caso de medir sus fuerzas con Venecia.

Gen. Madre de mi alma! (*Hablando consigo, y sin tomar parte en la conversacion.*) Quién me llevará á tus brazos!

Maf. Sin quitarte un solo cabello de la cabeza, es faciendo tenderte á lo largo en la sepultura. Los Borgias tienen venenos que matan á la sordina, y adelantan sus negocios mas que las hachas y los puñales. Acuérdate qué honitamente enviaron á la tierra de la verdad al sultan Amurates, hermano de Bayaceto.

Lud. Y á otros infinitos.

Após. Tocante al hermano de Bayaceto, fue lance curioso. Le persuadieron que el rey de Francia le habia emponzoñado una noche que habian hecho colacion juntos, y recibió de las blancas manos de Lucrecia Borgia un supuesto contraveneno que en el espacio de dos horas libertó de él á su hermano Bayaceto.

Jac. El buen turco, segun parece, no entendia gran cosa de política.

Maf. No hay duda, los Borgias tienen venenos que matan en un año, en un mes, en un dia, como ellos quieren. Son venenos hipócritas que hacen el vino mas grato, y escitan de consiguiente á beber. Cuando

uno se imagina embriagado está muerto. Otras veces se siente una debilidad, una languidez; la piel se arruga, los ojos se hunden, el pelo se pone blanco, los dientes se rompen como vidrio comiendo pan; no anda uno, arrastra el cuerpo; la respiracion se vuelve ahogoío, la risa convulsion; ó bien no ríe uno, ni duerme, tiritá al sol en medio del verano, es jóven y parece decrépito, y por último, despues de agonizar así el tiempo determinado, se muere. Se muere, y entonces los demas se acuerdan de que seis meses ó un año antes habia bebido un vaso de vino de Chípre en casa de un Borgia. Reparen ustedes qué sola está la plaza. El pueblo de Ferrara no se acerca como nosotros al palacio ducal. Teme que el vapor de los tósigos que se estan preparando traspase las paredes y se derrame por la atmósfera.

Asc. Amigos, por lo que es cuenta, los embajadores se han presentado ya al duque y han despachado su comision. La comitiva se compone de cincuenta nobles, y aunque nosotros desapareciéramos nadie lo notaria. Creo, pues, que para quitarnos de ruidos, lo mejor sería partir mañana de Ferrara.

Maf. Mejor es hoy.

Jac. Señores, mañana podremos partir. Hoy estoy convidado á cenar en casa de la condesita Negroni, á quien amo ciegamente, y no quisiera que la muger mas bonita de Ferrara creyera que me voy de miedo.

Lud. Estás convidado á cenar esta noche en casa de la Negroni?

Jac. Sí.

Lud. Y yo tambien.

Asc. Y yo.

Após. Y yo.

Maf. Y yo.

Yub. Y yo asimismo, caballeros.

Jac. Ahí estaba usted, señor conde? Pues bien, iremos todos juntos. Pasaremos una noche divertidísima. No es verdad, señor conde?

Yub. Yo espero divertirme mucho, señor Jacobo.

Maf. Vas á decir otra vez que soy demasiado tímido? Pues mira, si me creyerais, no iriamos á la cena; el palacio Negroni está pegado al del duque, y luego

ese español, con toda su amabilidad y su genio alegre, me parece tan falso...!

Jac. Por Dios, no digas necedades. La Negróni es una muchacha preciosa, y yo estoy enamorado, perdido de ella. El español es hombre de mérito; me han dado excelentes informes de él y de su familia. Su padre y el mio estuvieron en el sitio de Granada el año de 1490 y tantos.

Maf. Quién te asegura que este es hijo del que estuvo con tu padre?

Jac. Pues no ha de ser? Y por último, sino te atreves á venir al convite, eres dueño de tu libertad...

Maf. Eso no; si vosotros vais, yo tambien.

Jac. Victor! Y vos, Genaro, no nos acompañais?

Asc. No te ha convidado la Negróni?

Gen. No por cierto. Sin duda habrá creído que no tengo bastantes cuarteles de nobleza para poder cenar con ella.

Maf. No querrás venir. Tendrás alguna cita amorosa...

Jac. A propósito de amores, cuéntanos lo que te pasó con Lucrecia Borgia la noche de marras. Creo que está ciega por tí. Ya te diria buenas cosas! Bien se aprovecharia de la libertad del baile! Las mugeres solo disfrazan su cuerpo para descubrir mas osadamente su alma. Cara tapada, corazon desnudo. (*Algunos momentos antes Lucrecia se presenta en su balcon, y abre un poco la celosia para escuchar mejor lo que hablan.*)

Maf. Lo cierto es que tú has venido á hospedarte en frente de sus balcones. Ah, Genaro, Genaro!

Após. Pues en eso no anduviste muy cuerdo, porque dicen que el duque es superlativamente zeloso.

Lud. Ea, camarada, no seas tan reservado; dinos en qué altura se hallan tus amores con Lucrecia Borgia.

Gen. Caballeros, si ustedes vuelven á decirme una palabra acerca de esa horrible muger, me temo que han de salir á relucir las espadas.

Luc. (Ay de mí!)

Maf. No te enojés, hermano; todo esto es una chanza; y por otra parte no debes extrañar que te hablemos de esa señora cuando te vistes sus colores.

Gen. Qué estás diciendo!

Maf. Esa banda...

Gen. Fiameta me la ha enviado.

Maf. Ah, bobo! Y tú lo crees? Quien te la ha enviado, y la ha bordado ella misma para tí, es Lucrecia Borgia.

Gen. Mafeo, estás cierto de lo que dices? Por quién lo sabes?

Maf. Por tu criado, que fue el que te llevó la banda, y á quien ella ha comprado.

Gen. Vive Dios! que si le cojo... (*Se arranca la banda, la hace pedazos, y la pateo.*)

Luc. (Triste de mí!) (*Cierra la celosia y se retira.*)

Maf. Ciertamente es una hermosa muger.

Jac. Lo es; pero á vueltas de eso tiene un no sé qué tan ominoso grabado en su fisonomía...

Maf. Es una moneda de oro con la efigie de Satanás.

Gen. Maldita sea Lucrecia Borgia y quien la trajo á este mundo. Decís que esa muger me quiere; pues bien, me alegro en el alma, para que sea su castigo, porque el verla solamente me causa horror. Esto es lo que sucede siempre. Cuando una muger nos ama no hay miedo, es preciso amarla tambien ó aborrecerla de todo punto. Y quién es capaz de amar á esa fiera? Lo sería ninguno de vosotros, aun cuando no os hubiera hecho tantas ofensas y daños? A mí no me ha hecho ninguno personalmente, pero, por qué me ha de amar? Qué gran delito he cometido yo para que me ame una Lucrecia Borgia? Quisiera ser su verdugo! Desde aquella noche en que me la disteis á conocer de un modo tan terrible, no podeis pensar cuánto me atormenta su imagen! En otro tiempo no veía yo á Lucrecia Borgia sino allá muy lejos de mí. A través de mil espacios; como una fantasma tremenda plantada sobre la Italia; como el espectro de todo el mundo. Ahora este espectro es el espectro mío que no me deja respirar, me persigue en todas partes, me ama, se sienta á la cabecera de mi lecho, y quiere acostarse á mi lado... insoportable calamidad! Ah, Mafeo, Mafeo, asesinó al duque de Gravina, asesinó á tu pobre hermano; pues bien, yo supliré la falta de tu hermano para contigo, y os vengaré á entrambos de ella. Hé aquí su abominable palacio, palacio de la

deshonestidad, de la traicion, del asesinato, de los mas infandos crímenes, palacio de Lucrecia Borgia. Pues ya que no puedo estampar el sello de la infamia en su frente, la ultrajaré en lo que pueda, haré pedazos sus armas, felizmente no son de marmol. (*Saca la espada y hace caer á golpes uno de los escudos de armas.*)

Maf. Genaro, estás en tu juicio?

Yub. Se está divirtiendo inocentemente; pero de resultados de esa diversion puede ser que mañana den tormento á la mitad de Ferrara.

Gen. Si buscan al culpable, yo me presentaré.

Yub. No sería malo, para ver el gesto que ponía madama Lucrecia. (*Algunos momentos antes dos hombres vestidos de negro entran en la plaza, y se pasean observando á los forasteros.*)

Maf. Señores, aquellos hombres tienen muy mala traza, y nos observan con demasiada curiosidad. Mas vale que nos separemos. No hagas nuevas locuras, Genaro.

Gen. No tengas cuidado, Mafeo. Ea, á Dios; dame la mano. Divertirse mucho esta noche, amigos. (*Asi que hayan desaparecido los anteriores se asoma Rustiguelo por el ángulo de la casa de Genaro. Mira si todos se han retirado, se adelanta con precaucion, y luego á una señal suya salen varios hombres armados: sin decirles una palabra los coloca, encargándoles por señas el silencio, uno emboscado á la derecha de la puerta de Genaro, otro á la izquierda, otro en el ángulo de la pared, y dos detras de los pilares del balcon del palacio. Concluidas estas disposiciones sale Astolfo, y sin ver á los soldados emboscados se dirige á Rustiguelo.*)

ESCENA III.

ASTOLFO. RUSTIGUELO. SOLDADOS.

Ast. Qué diablos haces ahí, Rustiguelo?

Rus. Esperar á que te vayas, Astolfo.

Ast. De veras!

Rus. Y tú qué diablos haces ahí, Astolfo?

Ast. Esperar á que te vayas, Rustiguelo.

Rus. Contra quién vienes, Astolfo?

Ast. Contra el hombre que ha entrado en esa casa. Y tú, contra quién vienes?

Rus. Contra el mismo.

Ast. Buena casualidad!

Rus. Qué es lo que le quieres?

Ast. Llevarlo á la habitacion de la duquesa. Y tú?

Rus. Llevarlo á la habitacion del duque.

Ast. Bravo!

Rus. Quién lo espera en la habitacion de la duquesa?

Ast. Presumo que el amor. Y en la habitacion del duque?

Rus. Presumo que la horca.

Ast. De veras? Pues no sé yo cómo se compondrá el asunto. No puede ser al mismo tiempo amante feliz en la habitacion de la duquesa, y ahorcado en la habitacion del duque.

Rus. Qué talento tiene este Astolfo! (*A una señal suya se adelantan los dos esbirros escondidos debajo del balcon, y se apoderan de Astolfo.*) Apoderaos de ese hombre. Lo habeis oido? Dareis testimonio al duque. Silencio, Astolfo. (*A los otros esbirros.*) Ahora, muchachos, manos á la obra. Romped esa puerta. (*Al irlo á verificar los esbirros cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena representa un salon del palacio ducal de Ferrara entapizada y amueblada como se estilaba en aquel siglo. Un sillón forrado de terciopelo encarnado con las armas del duque, y una mesa cubierta asimismo de terciopelo encarnado. En medio una gran puerta, á la derecha una pequeña, á la izquierda otra igual disimulada. Cuando esta se abre se ve el principio de una escalera de caracol que parece conducir á una habitacion mas baja, y recibe luz de una reja larga y estrecha.

ESCENA PRIMERA.

DON ALFONSO, *vestido magníficamente.* RUSTIGUELO, *vestido de los mismos colores, pero de telas mas comunes.*

Rus. Señor, vuestras órdenes estan cumplidas. Teneis que mandarme algo mas?

Alf. Toma esta llave. Ya sabes cuál es la galería de Numa; vé allá, cuenta una por una todas las divisiones de madera que cubren la pared, desde aquella figura pintada que está junto á la puerta, y que representa á Hércules d'Este, hijo de Júpiter, uno de mis antepasados. Cuando llegues á la decimaquinta division, verás el agujero de una cerradura escondida en la boca de una serpiente de bronce. Ludovico el moro la mandó hacer. Mete la llave en aquel agujero, y abre; la tabla dará vueltas sobre sus goznes como una puerta: alli verás un armario secreto, y dentro de él, en una salvilla de cristal, un frasco de oro y otro de plata, y juntamente dos copas esmaltadas. En el frasco de plata hay agua clara, en el de oro vino preparado: te traerás todo conforme se halla al gabinete inmediato á este cuarto, y si has visto á algunos hombres dar diente con diente de espanto, y cubrirse de sudor frio cuando oían hablar del famoso veneno de los Borgias, que en lo blanco

y reluciente parece marmol de Carrara hecho polvo, y mezclado con el vino convierte el vino comun en vino de Siracusa, te guardarás muy bien de tocar al frasco de oro.

Rus. No es menester más, señor?

Alf. Otra cosa; tomarás tu mejor espada, y te esconderás en el gabinete detras de la puerta de modo que puedas oír todo lo que pasa en este cuarto, y acudir al primer grito; si te llamo solamente con la voz entrarás con la bandeja; si toco al mismo tiempo esta campanilla entrarás con la espada.

Rus. Así lo haré.

Alf. Mas vale que estés con la espada desnuda en la mano para no perder el tiempo en desenvainarla.

Rus. Está bien.

Alf. Mira, toma dos espadas, no sea que la una se rompa casualmente y te quedes desarmado.

Rus. Las tomaré. (*Vase por la puerta pequeña.*) (*Entra un ugiér por la puerta de en medio.*)

Ugi. Señor, vuestra augusta esposa.

Alf. Que entre.

ESCENA II.

DON ALFONSO. LUCRECIA.

Luc. (*Entrando con impetu.*) Justicia, don Alfonso: qué digo? venganza, venganza la mas cruel; comparable á la injuria que nos han hecho. Lo sabeis ya, señor duque? Las armas de vuestra esposa han sido arrancadas de la puerta de este palacio, y echadas en un lodazal. Por quién, lo ignoro; pero es preciso matar; es preciso verter sangre, sea la que fuere. Ya ese infame populacho, que siempre me ha aborrecido, está amontonado en la plaza celebrando mi deshonor. Ya se lee en sus feroces ojos que no está segura mi vida, y que los que hoy me han deshonrado mañana me asesinarán. Ah! esto poco importa con tal que muera vengada. Salid, salid de vuestra vergonzosa indolencia, indignaos, enfureceos, mostrad que tenéis honor. Preparaos á dispensarme la debida justicia. Pensais que no hago yo aprecio de la estimacion de los hombres? Pensais que podeis escusaros de con-

cederme patrocinio? Para qué os llamariais príncipe? Para qué os habriais casado? El que se casa defiende; el que da la mano da el brazo; cumplid, pues, con vuestro deber; cada día recibo nuevas injurias, y nunca os veo conmovido. Qué, la lepra que á mí me cubra no se os comunicará á vos? Decís á veces que me amais, amad, pues, mi fama; decís que estais zeloso de mí, estadlo de mi gloria. Si he doblado con mi dote vuestros dominios patrimoniales, si he traído al casamiento no solamente la rosa de oro y la bendicion de Roma, sino los estados de Siena, Rimini, Cesena, Espoleta y Piombino, y mas ciudades y ducados que castillos y baronías teniais antes de ser mi esposo, no es todo esto un motivo para sufrir que vuestros vasallos me insulten y amenacen mi vida, para que me traten peor que á la mas vil esclava. Declarad, pues, señor, que no lo sufrireis, y que castigareis de un modo espantoso el crimen que acaba de cometerse. De lo contrario os declaro yo que me quejaré á Roma, que me quejaré al duque Valentin, que está en Forlì con quince mil hombres de guerra, y tened por cierto que no me desamparán.

Alf. Señora, el crimen de que os quejais ha llegado ya á mi noticia.

Luc. Cómo, señor! Ha llegado á vuestra noticia, y aun no se ha descubierto quién es el culpable?

Alf. Ya se ha descubierto.

Luc. Qué decís? Se ha descubierto, y no está asegurado?

Alf. Está asegurado, señora.

Luc. Pues si lo está, cómo no ha pagado ya su delito?

Alf. Pronto le pagará; pero he querido antes consultaros acerca del castigo que se le ha de imponer.

Luc. Habeis hecho muy bien, señor; pero dónde está ese monstruo?

Alf. Aquí está.

Luc. Aquí...! Mejor... Es preciso hacer un escarmiento, don Alfonso; lo entendeis? Ved que se trata de un delito de lesa-magestad, y que esta clase de atentados cuestan siempre la cabeza á los que los aconsejan y á los que los ejecutan... Con qué está en palacio? Quisiera verle.

Alf. No hay cosa mas facil. Bautista. (*Llamando.*) (*Entra el ugiér.*)

Luc. Dos palabras, esposo, antes que venga el reo. Sea quien fuere este hombre, sea vasallo vuestro, criado, pariente ó amigo, dadme vuestra palabra de duque soberano que no saldrá vivo de aqui.

Alf. Os la doy, señora, os la doy. Lo habeis oido? Acordaros bien de ello.

Luc. No me he de acordar? Ahora bien, que le traigan. Quiero hablarle yo misma. Acaso tendrá cómplices. Dios mio! Por qué me han de aborrecer tanto estos ferrareses? Qué les he hecho yo?

Alf. Conducid al preso. (*Al ugiér.*)

(*Se abre la puerta de en medio y aparece Genaro desarmado entre dos soldados con mosquetes. Al mismo tiempo se ve á Rustiguelo subir la escalera de caracol con la salvilla y los frascos en la mano. Lo pone todo sobre el poyo de la ventana. Saca la espada, y se coloca detras de la puerta pequeña.*)

ESCENA III.

DICHOS. GENARO. SOLDADOS.

Luc. Genaro!

Alf. Pues qué, le conoceis? (*En voz baja y sonriéndose irónicamente.*)

Luc. Es Genaro, Dios mio; qué fatalidad! (*Le mira con angustia, y él aparta la vista.*)

Gen. Señor, yo no soy mas que un capitan de aventureros, y no faltaré al respeto con que debo hablaros; pero me habeis hecho prender esta mañana en mi alojamiento. Podriais decirme qué es lo que queréis de mí?

Alf. Señor capitan, acaba de cometerse un crimen de lesa-magestad humana en frente de la casa que habitais. Las armas de mi muy amada esposa y prima doña Lucrecia Borgia han sido insolentemente arrancadas de la puerta de nuestro palacio ducal. Buscamos al reo.

Luc. No es él, don Alfonso; sin duda se han equivocado. No puede ser este jóven.

Alf. De dónde lo sabeis?

Luc. Estoy segura de ello. Este jóven es veneciano, y no de Ferrara.

Alf. Y aunque sea veneciano...

Luc. Además, el delito se ha cometido esta mañana, y él la ha pasado en casa de una tal Fiameta.

Gen. Yo? No he visto á Fiameta desde ayer.

Alf. Bien veis, señora, que estais mal informada. Dejadme preguntar á mí. Capitan Genaro, sois vos el que ha cometido el crimen?

Luc. Qué calor! Necesito respirar un poco de aire! (*Se dirige hácia una ventana, y al paso dice á Genaro en voz baja.*) Di que no eres tú.

Alf. (*Le habló al pasar.*)

Gen. Duque Alfonso, los pescadores de Calabria que me criaron, y que me bañaban siendo niño en el mar para hacerme vigoroso y osado, me enseñaron esta máxima, con la cual puede uno aventurar frecuentemente la vida, pero nunca el honor. Haz lo que digas, y di lo que hagas. Duque Alfonso, yo soy el hombre que buscáis.

Alf. Os di mi palabra de duque soberano, señora. (*Volviéndose hácia Lucrecia.*)

Luc. Tengo que hablaros á solas dos palabras.

(*El duque hace señas al ugier, y á los soldados que guardan á Genaro, de que se retiren con él á la sala inmediata.*)

ESCENA IV.

LUCRECIA. DON ALFONSO.

Alf. Qué me quereis, señora?

Luc. Lo que os quiero es que no quiero que ese jóven muera.

Alf. Estais en vos, señora? Hace un momento entrásteis en este cuarto como una tempestad, irritada y llorosa; os quejásteis de un agravio mortal que habiais recibido; me pedísteis entre denuestos y clamores la cabeza del culpable; exigísteis mi palabra ducal de que no saldria de aquí vivo; os la otorgué formalmente, y ahora no quereis que muera! Vive Dios que no es posible entenderos.

Luc. Está bien, pero os repitió que no quiero que ese jóven muera.

Alf. Señora, los caballeros como yo nunca empuñan su fé en vano: os di una palabra, y es menester que la cumpla: os juré que el que os ofendió moriria, y morirá. Lo único que dejó á vuestra eleccion es el género de muerte.

Luc. (*Aparentando cierta dulzura y jovialidad.*) Don Alfonso, esposo mio, no es verdad que parecemos dos locos vos y yo? Por mi parte confieso que tengo á veces muy poco juicio. Tal vez hubiera sido menos caprichosa, pero mis padres me echaron á perder; paciencia! Desde muy niña me acostumbraron á salirme con todos mis gustos, y asi es que lo que queria hace un instante, ahora ya no lo quiero. Bien sabeis que siempre he sido asi, y vos me lo habeis sufrido, y me habeis contentado en todo. Mirad, don Alfonso, sentaos aqui junto á mi: conversemos un rato tierna y cordialmente como dos buenos casados, como dos íntimos amigos.

Alf. (*Aparentando por su parte galanteria.*) Doña Lucrecia, aunque sois mi esposa, no habeis dejado por eso de ser mi dama, y me contemplo muy favorecido cuando me permitís ponerme un instante á vuestros pies. (*Se sienta junto á ella.*)

Luc. Qué dicha es llevarse tan bien los esposos! Sabeis, Alfonso mio, que os amo tanto ahora como el dia que nos casamos; cuando hicisteis aquella entrada tan lucida en Roma entre César Borgia, duque de Valencia del Ródano, mi hermano, y el cardenal Hipólito d'Este, que lo es vuestro. Me acuerdo todavia de aquel hermoso caballo blanco que montabais, con todos los arneses cuajados de filigrana de oro; y mas me acuerdo de vuestro aspecto ilustre y verdaderamente regio, que no permitia que os confundierais con ninguno de la comitiva.

Alf. No estabais vos poco peregrina, señora, ni poco magestuosa, debajo de aquel dosel de brocado de plata, detras de la barandilla de las gradas de San Pedro.

Luc. De veras? Pero no quiero que hablemos de mí, sino de vos; y volviendo á lo que deciamos, es cierto que todas las princesas de Europa tienen envidia de

mi por haberme desposado con el mas apuesto caballero de la cristiandad. Asi es que os amo como si tuviera diez y ocho años. Bien sabeis si os amo, Alfonso. Nunca lo dudais, no es verdad? A veces os pareceré fria y taciturna, pero es mi genio, y no debeis echar la culpa á mi corazon. Mirad, don Alfonso, si vos me reprendierais con suavidad, tengo para mí que me corregiria. Oh! qué buena cosa es quererse como nosotros nos queremos. Dadme la mano, don Alfonso... Ahora que me acuerdo, no se os antoja una ridiculez que un príncipe y una princesa, como vos y yo, que se sientan juntos en el mas envidiable trono ducal que existe en el universo, y que se aman como nos amamos los dos, hayan estado á pique de desazonarse por un triste capitancillo veneciano! Vamos, es menester echarle de aquí, y no volver á hablar de él. Quítese de delante el trastuelo, y que se vaya donde quiera: no es verdad, esposo? El leon y la leona no se alteran porque los persiga el moscardon: sabeis, Alfonso, que si la corona que heredásteis hubiese de adjudicarse al caballero mas galan de Ferrara, tampoco os la podria disputar ninguno...? Pero antes que se me olvide, voy á decir de vuestra parte á Bautista que haga salir al instante del término de Ferrara á ese ruin.

Alf. A quién?

Luc. A ese Genaro.

Alf. No corre prisa.

Luc. (*Aparentando jovialidad.*) Quisiera no tener que volver á pensar en él. Vaya, esposo, dejadme terminar este asunto á mi manera.

Alf. No puede ser; se ha de terminar á la mia.

Luc. Pero Alfonso, no teneis razon para querer la muerte de ese hombre.

Alf. No tengo? Y la promesa que os hice? La palabra de un caballero es sagrada.

Luc. Cuando aquel á quien se ha empeñado reclama su cumplimiento; pero aquí es al contrario. Si tuvieseis algun motivo personal para aborrecer á ese infeliz, enhorabuena que le matéis; pero no le teneis. Concededme, pues, su vida, como me habiais concedido su muerte. Qué mas os da? Si á mí se me antoja per-

donarle, por qué me lo habeis de impedir? Yo soy la ofendida.

Alf. Precisamente porque vos, amiga mia, sois la ofendida, no le quiero perdonar yo.

Luc. Don Alfonso, si me amais, no me negueis mas tiempo lo que os suplico. Mirad, quiero hacer un ensayo, quiero mostrarme piadosa. Vuestros vasallos y los míos me aborrecen, porque creen que yo tengo la culpa de que se derrame tanta sangre. Es menester desengañarlos, y no puede presentarse otra ocasion mas oportuna y decisiva que esta. Ademas, somos cristianos, y debemos imitar á Dios. Debemos usar de misericordia supuesto que se la pedimos. Seamos misericordiosos. Demasiados tiranos oprimen actualmente á la pobre Italia, sin que nosotros añadamos una gota de agua al mar. Acabemos, pues, amado Alfonso; poned en libertad á ese Genaro, yo os lo ruego; será un capricho si quereis, pero el capricho de una muger toma un carácter angusto y sagrado cuando salva la cabeza de un hombre.

Alf. Siento mucho no poder complaceros, amada Lucrecia.

Luc. No podeis complacerme? Y por qué? Ciertamente aquí hay algun motivo oculto. Por qué no podeis concederme una cosa tan indiferente como la vida de ese capitan?

Alf. Por qué no puedo? Por qué motivo? Quereis que os lo diga claro?

Luc. Sí, decidmelo claro.

Alf. Porque ese capitan es vuestro amante, señora.

Luc. Cielos!

Alf. Porque le fuisteis á buscar á Venecia, y le iriais á buscar al avismo si supiérais que estaba allí. Porque os he seguido yo mismo los pasos mientras que vos seguiais los suyos. Porque os he visto enmascarada y sin aliento abalanzaros á él como la loba se abalanza á su presa. Porque aqui mismo, no hace un momento, parecia que queriais devorarle con los ojos arrasados en llanto y encendidos como brasas. Porque sin duda os habeis prostituido á él, y basta ya de oprobio, basta de infamia y de adulterio. Porque es tiempo de que yo venga mi honor ofendido, y ha-

ga correr arroyos de sangre al rededor de mi lecho.
Lo entendeis, señora?

Luc. Don Alfonso...!

Alf. Silencio... Cuando deis citas criminales, colocad el ngier que se os antoje en la puerta por donde hayan de entrar los citados á vuestro cuarto; pero en la puerta por donde salgan habrá de aquí en adelante un portero elegido por mí. El verdugo.

Luc. Señor, yo os juro...

Alf. No perjureis. Qué juramento podeis cumplir, despues de haber faltado al mas solemne de todos, al que me hicisteis al pie de las aras tomando por testigo á la divinidad?

Luc. Señor, señor, os lo suplico de rodillas, por todo lo mas sagrado, por lo que mas amais en el mundo, por vuestro padre, por vuestra madre, concededme la vida de ese jóven.

Alf. Eso se llama querer! Pero no hay remedio. Hareis de su cadáver lo que mejor os parezca. Dentro de una hora no existirá.

Luc. Perdonad á Genaro.

Alf. Si pudierais leer en mi alma el firme propósito que he hecho de vengarme de él, no me importunaríais mas.

Luc. Qué oigo? Es posible! Mirad por vos mismo, don Alfonso de Ferrara, mi cuarto marido. (*Levantándose.*)

Alf. Cómo! Me amenazais? Qué locura! No os temo, señora. Sé vuestras mañas. No me dejaré envenenar como vuestro primer marido, aquel pobre hidalgo español, de cuyo nombre no me acuerdo ya, ni vos tampoco. No me dejaré echar de mis estados como el necio Juan de Esforcia, vuestro segundo esposo. No me dejaré asesinar en no sé qué gradas como el tercero don Alfonso de Aragón, débil niño, cuya sangre así tiñó los escalones como si fuera agua pura. Yo soy hombre, señora, tenedlo por cierto. El nombre de Hércules ha sido muy comun en mi familia. Tengo, vive Dios, llena mi corte de soldados, y llenos todos mis dominios. Yo mismo soy soldado, y no he vendido todavía, como ese pobre rey de Nápoles, mis piezas de artillería á la corte romana.

Luc. Os arrepentireis de esas palabras, don Alfonso.
Sin duda olvidais quién soy yo...

Alf. Demasiado sé quién sois; pero tambien sé dónde estais: sé quién es vuestro padre; pero no estais en Roma: sé que mandais en Espoleto; pero no estais en Espoleto. Sois la muger y la súbdita de Alfonso, duque de Ferrara, y estais en Ferrara, de donde no volvereis á salir. (*Lucrecia, pálida de furor y espanto, clava los ojos en el duque, y retrocede lentamente hasta un sillón, en el que se deja caer como descoyuntada.*) Qué es eso, señora? Os espantais? Teneis miedo de mí? Ya era tiempo; hasta ahora le he tenido yo de vos; pero de aqui en adelante será otra cosa, y para empezar, este es el primero de vuestros cómplices á quien echo mano. Pues morirá.

Luc. (*Con voz apagada.*) Vamos á razones, don Alfonso: si ese hombre fue el que arrancó el escudo de mis armas y procuró ultrajarme de un modo tan cruel, no puede al mismo tiempo tener particularidades conmigo.

Alf. Por qué no? En un momento de rabia ó llevado de los zelos, porque tambien puede tenerlos él. Y luego, qué me importa á mí la razon? Yo quiero que ese hombre muera irremisiblemente. Es mi voluntad. Tengo este palacio lleno de soldados fieles, y que no reconocen mas voz que la mia: no se me puede escapar, ni vos impedir nada. Acabemos, pues; dejé á vuestra eleccion el género de muerte que se le habia de dar. Decidíos, y que sea pronto.

Luc. (*Torciéndose las manos.*) Dios mio! Dios mio! Dios mio!

Alf. No respondeis? Voy á mandar que le maten á cuchilladas. (*Va á salir, y ella le coge el brazo.*)

Luc. Deteneos!

Alf. Quereis mas bien echarle vos misma un vaso de vino de Siracusa?

Luc. Genaro!

Alf. Ha de morir sin remedio.

Luc. No á cuchilladas.

Alf. No? Pues qué elegís?

Luc. Lo otro.

Alf. Enhorabuena. Pero cuidado con equivocarse, y

con no echarle vos misma del frasco de oro que sa-
beis! Ademas, yo estaré alli. No imagineis que voy á
dejaros sola.

Luc. Haré vuestra voluntad.

Alf. Bantista, traed al preso. (*El ugier entra.*)

Luc. Hombre feroz...! es posible...!

ESCENA V.

DICHOS. GENARO. GUARDIAS.

Alf. Qué es lo que he sabido, señor Genaro? Lo que
hicisteis esta mañana no fue mas que una calaverada,
una especie de apuesta, que no llevaba en sí mali-
cia. Ademas la duquesa mi esposa os perdona, por-
que le agradan los valientes. Con que, si esto es asi,
ya podeis volveros vivo y sano á Venecia. No permi-
ta Dios que yo prive á la magnífica república vene-
ciana de un buen servidor, y á la cristiandad de un
brazo fiel, que empuña un acero valiente cuando
cruzan las aguas de Candía y de Chipre tantos idóla-
tras y turcos.

Gen. Sea en buen hora, mi señor; confieso que no me
esperaba este desenlace; pero no menos os doy las
gracias. La clemencia es una virtud propia de prín-
cipes, y Dios perdonará allá arriba al que perdona
á sus enemigos aqui abajo.

Alf. Capitan, es buen servicio el de la república? Cuán-
to ganais un año con otro, buenos y malos?

Gen. Señor, tengo una compañía de cincuenta lanzas,
que alimento y visto á mi costa. La serenísima repú-
blica me da dos mil cequíes al año, ademas del bo-
tín y los gajes.

Alf. Y si yo os ofreciera cuatro mil os quedaríais con-
migo?

Gen. No puedo, señor; estoy alistado por ocho años
para servir á la república, y todavía me faltan cinco.

Alf. En ese caso no hablemos mas, amigo Genaro; pero
os aseguro que lo siento.

Gen. Bien habeis visto que no he hecho ninguna bajeza
para que me concediéseis la vida; pero ya que me
habeis perdonado, no tengo inconveniente en decir

una cosa. Os acordais del sitio de Fayenza hace dos años? El señor duque Hércules d'Este, vuestro padre, se vió allí muy apurado, y ya dos escopeteros del duque Valentin iban á matarle, cuando un soldado aventurero le salvó la vida.

Alf. Es verdad, y nunca hemos podido volver á encontrar á aquel soldado.

Gen. Era yo.

Alf. Cómo? Érais vos? Pues amigo, no habeis de quedaros sin recompensa: aceptaríais este bolsillo?

Gen. Cuando nos alistamos bajo las banderas de la república hacemos juramento de no tomar nunca dinero de los príncipes extranjeros; sin embargo, si me lo permitís recibiré esa suma, y la repartiré entre estos camaradas que han tenido el trabajo de custodiarme. (*Señalando á los guardias.*)

Alf. Me parece muy bien. (*Genaro toma el bolsillo.*) Pero á lo menos, me hareis el favor de beber conmigo á la usanza de nuestros antepasados, y en prueba de nuestra buena amistad, un trago de vino de Siracusa.

Gen. Eso con mil amores.

Alf. Y para honraros mas, como se debe á una persona que salvó la vida á mi padre, quiero que sea la duquesa misma vuestra escanciadora. (*Genaro hace un acatamiento, y se vuelve para ir á repartir el dinero á los soldados que estan formados en el fondo del teatro.*) Rustiguero! (*Llamando.*) Deja la salvilla sobre esa mesa... (*Rustiguero entra con la salvilla.*) Bien está. (*Cogiendo á Lucrecia de la mano.*) Señora, oid lo que voy á decirle: Rustiguero, vuelve á colocarte detras de la puerta con tu espada desenvainada en la mano; si oyes sonar esta campanilla entra al instante. Anda con Dios. Señora, echareis vos misma de beber á ese jóven, y cuenta con lo dicho, de este frasco de oro; le veis?

Luc. Ya le veo. Ah, si supierais lo que haceis en este momento, y qué horrible cosa es, se os erizarian á vos mismo los cabellos á pesar de lo desnaturalizado que sois.

Alf. Cuidado con no equivocar el frasco... No venís, capitan? (*Genaro, despues de haber repartido el di-*

nero, se acerca á la mesa. El duque llena una de las copas esmaltadas con el frasco de plata, y hace ademán de beber.)

Gen. Señor, con qué podré pagaros tantos favores?

Alf. Duquesa, echad vino al capitan. Qué edad teneis, amigo Genaro?

Gen. (Cogiendo la otra copa, y presentándosela á Lucrecia.) Veinte años.

Alf. (En voz baja á la duquesa, que procura tomar el frasco de plata.) El frasco de oro, señora. (Lucrecia le toma temblando.) Y qué tal, sois muy enamorado?

Gen. A mi edad, quién no lo es un poco?

Alf. Sabeis, duquesa, que hubiera sido una crueldad quitar la vida á este pobre mozo, y no dejarle disfrutar de tantos bienes como le esperan; del bello sol de Italia, de sus floridos veinte años, de su gloriosa profesion, origen de todas las casas soberanas de Europa, de los convites, de los bailes de máscara, de los alegres carnavales de Venecia, durante los cuales naufragan tantos maridos, y este jóven hallará en ellos cien hermosuras á quienes amar, y de quienes podrá ser amado...! Digo bien, esposa? Pero no echais vino al capitan? (En voz baja.) Si titubeais mandando entrar á Rustignolo. (Lucrecia echa vino á Genaro sin decir palabra.)

Gen. Mucho os agradezco, señor, que me hayais perdonado la vida, pero mas que todo por mi pobre madre.

Luc. (Oh, qué horror!)

Alf. (Bebiendo.) A vuestra salud, capitan, y que os aproveche como yo deseo.

Gen. (Bebiendo.) A la vuestra, señor duque, y á la de mi señora la duquesa.

Luc. (Infeliz!)

Alf. (Salimos del paso.) (En alta voz.) Con que, amigo, quedad con Dios; yo aqui no hago falta. Podeis iros á Venecia cuando querais. (En voz baja á Lucrecia.) Dadme gracias, señora; os dejo á solas con él. Aprovechaos de mi ausencia para despediros tiernamente uno de otro; ya sabeis el tiempo que le queda de vida.

ESCENA VI.

LUCRECIA. GENARO. RUSTIGUELO. (*Inmóvil detras de la puerta.*)

Luc. Genaro! estais envenenado.

Gen. Yo, señora!

Luc. Sí, lo estás, no lo dudes.

Gen. Hubiera debido sospecharlo, echándome vos el vino.

Luc. Ah! No me desesperes, Genaro, ni me quites las pocas fuerzas que me quedan, y que necesito conservar todavía durante algunos momentos. Oyeme: el duque está zeloso de tí, el duque te cree mi amante. No me ha dejado otra alternativa que la de verte dar de puñaladas en mi presencia, ó echarte yo misma el veneno; ya corre por tus venas un tósigo el mas activo, un tósigo cuya idea hace estremecer á todo italiano que sabe la historia de estos últimos veinte años...

Gen. Sí, el tósigo de los Borgias.

Luc. Nadie en este mundo conoce un contraveneno que impida sus estragos, á no ser mi padre, mi hermano y yo. Ves esta redoma que traigo siempre sobre mí, pues esta redoma, Genaro, es la salud, es la vida. Con solo recibir en tus labios una pequeña gota, ya estás salvado. (*Quiere hacerle beber.*)

Gen. (*Retrocediendo y clavando en ella los ojos.*) Y quién me dice á mí que no es ese el verdadero veneno?

Luc. Esto me faltaba!

Gen. No os llamais Lucrecia Borgia? Creéis que ignoro yo la historia del hermano de Bayaceto? Pues no la ignoro, señora. Tambien á él le aseguraron que le había envenenado el rey de Francia, y le dieron un contraveneno que le quitó la vida; y la mano que le presentó el veneno ahí está, es la misma que me ofrece la redoma. Y los labios que le dijeron que bebiese ahí estan, son los mismos que me hablan.

Luc. Mal haya yo! Mal haya yo!

Gen. Escuchad, señora. No imagineis que doy crédito á vuestro aparente amor. Al contrario, pienso que habeis formado algun mal designio respectivamente á mí; sí, no hay duda, Vos debeis saber quién soy yo.

Ahora mismo estoy leyendo en vuestro semblante que lo sabeis, y es facil conocer que teneis algun motivo poderoso para no decírmelo nunca. Vuestra familia debe conocer á la mia, y por ventura en esta ocasion me habeis envenenado para vengaros no de mí, sino de alguno de mis deudos: qué sé yo? Tal vez de mi pobre madre!

Luc. De tu madre, Genaro? Y sabes tú sino te la representas muy diferente de lo que es? Qué dirias si fuese una muger criminal como yo?

Gen. No la calumnieis, señora. Mi madre una muger como vos! Mi madre parecerse á Lucrecia Borgia! Ah, no! La siento dentro de mi corazon, y me la represento sin duda tal como es. Tengo su imagen grabada en mi alma desde que nací, y no idolatraria en ella, como idolatro, si fuese indigna de mi veneracion. Si se asemejara á vos en algo la aborreceria; pero no, no se asemeja. Hay en mí una voz interior que me tranquiliza y me dice que mi madre no es un archivo de todos los vicios y crímenes, como lo sois en el dia la mayor parte de las hermosuras de Italia. Estoy seguro de ello; si existe una muger inocente y virtuosa, una muger santa, es mi madre. Es imposible que no sea así. Vos la conocéis ciertamente, señora, y no me desmentireis.

Luc. No, Genaro; á esa muger que dices... á esa madre... no la conozco yo.

Gen. Pero qué es lo que yo estoy diciendo? Qué os importa á vos, Lucrecia Borgia, las penas y los placeres de una madre? Nunca habeis tenido hijos, segun dicen, y habeis sido feliz en esto, porque si tuvierais hijos renegarian de vos. Quién, por desdichado que fuese, os querria por madre? Ser hijo de Lucrecia Borgia! Llamar madre á Lucrecia Borgia! Oh...!

Luc. Genaro, estás envenenado, y aunque el duque te cree muerto, á cada instante puede volver aqui. Yo no debiera pensar sino en salvarte, pero me dices unas cosas tan terribles, que me dejas petrificada y sin fuerzas para respirar.

Gen. Os ofendo á pesar mio, pero no sé encubrir.

Luc. Acabemos. El tiempo vuela; despréciame, aborreceme, dame de puñaladas si quieres; pero estás en-

venenado, y es preciso que bebas inmediatamente esto.
Gen. A quién he de creer? El duque es leal, y yo he salvado la vida á su padre; á vos os he ofendido, y debeis vengaros de mí.

Luc. Yo vengarme de tí, Genaro! Si fuera posible dar mi vida entera por añadir un solo instante á la tuya; si fuera posible derramando hasta la última gota de mi sangre impedir que tuvieses que verter una sola lágrima; si fuera menester subir yo al cadalso para que te sentases tú en el trono, y sufrir todos los tormentos del infierno para proporcionarte el menor placer, créeme, Genaro mio, no titubearia, no me quejaria, lo sufriria todo con gusto, y te besaria los pies. Ah! nunca podrás adivinar lo que pasa en este pobre corazon, ni sabrás otra cosa de él sino que le posees esclusivamente. Pero mientras hablamos el veneno progresa, y si llegas á sentirle eres perdido. Como pase algun tiempo mas, ya no habrá remedio. La existencia se divide ahora para tí en dos porciones invisibles; pero la una comprende tal vez mas años que la otra minutos. Es preciso determinarse y no errar la eleccion. Déjate guiar por mí; ten lástima de tí mismo; ten lástima de mí, Genaro. Bebe aprisa por la madre que te dió el ser.

Gen. Está bien, beberé. Si en esto se encierra algun crimen, que caiga sobre vuestra cabeza. Asi como asi, que digais verdad ó no, mi vida no merece ser disputada tanto tiempo. Dadme.

Luc. Se salvó! Ahora es preciso volverte á Venecia á toda prisa, reventando caballos. Tienes dinero?

Gen. Tengo.

Luc. Pues bien. El duque te cree muerto; será facil ocultarle tu fuga. Te puedes ir; pero mira, guarda esa redoma, y llévala siempre contigo. En unos tiempos como estos el veneno es plato de todas las mesas. Tú principalmente corres mas peligro que otro. Vete, vete al instante. (*Abriendo la puerta disimulada y enseñándosela.*) Baja por esta escalera que va á dar al patio del palacio Negroni; desde allí puedes salir facilmente á la calle. No esperes á mañana; no esperes á que se ponga el sol; no esperes un cuarto de hora; sal inmediatamente de Ferrara; huye de Ferrara como

si fuera de Sodoma que estuviese ardiendo, y no vuelvas la vista atras. A Dios; pero aguarda un instante. Aun tengo otra cosa que decirte, Genaro mio.

Gen. Hablad, señora.

Luc. En este momento me despido de tí para siempre. No hay que pensar en volvernos á ver nunca. Era la única felicidad de que gozaba yo en el mundo; pero sería arriesgar tu cabeza. Vamos á vivir separados en esta vida, y no debo esperar que nos reuniremos en la otra. No me dirás, pues, Genaro mio, alguna palabra efectiva antes de apartarnos uno de otro para toda la eternidad?

Gen. Señora... (*Bajando los ojos.*)

Luc. Bien ves que te he salvado la vida...

Gen. Vos me lo decís; todo lo que me pasa está cubierto de tinieblas... No sé qué pensar... Mirad, señora, todo os lo puedo perdonar menos una cosa.

*Luc.*Cuál es?

Gen. Juradme por lo mas sagrado de este mundo, por mi propia existencia, pues decís que tanto me amais, por la salvacion eterna de mi alma, juradme que vuestros crímenes no han contribuido en nada para que mi madre sea infeliz.

Luc. Todo es serio hablando contigo, Genaro; no te lo puedo jurar.

Gen. Ó madre mia, madre mia! Con que esa es la mujer espantosa que ha causado tus desgracias!

Luc. Genaro...!

Gen. Lo habeis confesado, señora. Maldita seas! (*Vase.*)

Luc. Y tú bendito seas!

(*Cae desmayada en un sillón.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La segunda decoracion. Plaza de Ferrara con el balcon ducal á un lado, y la casa de Genaro al otro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON ALFONSO. RUSTIGUELO. (*Embozados en sus capas.*)

Rus. **E**sto es lo que ha pasado. Ella le dió á beber no sé qué filtro, le volvió á la vida, y le hizo escapar á toda prisa por el patio del palacio Negroni.

Alf. Y tú lo sufriste?

Rus. Cómo lo habia yo de remediar? La duquesa habia echado el cerrojo á la puerta, y me habia dejado encerrado.

Alf. Romper la puerta.

Rus. Si, una puerta como aquella. No era mala empresa para de pronto.

Alf. No importa. Era menester echarla abajo.

Rus. Y aunque hubiera podido yo forzar la puerta, no veis, señor, que vuestra esposa se hubiera puesto por delante, hubiera cubierto al otro con su cuerpo, y á no matarla á ella tambien...

Alf. Y qué?

Rus. No se estendia á tanto mi comision...

Alf. Rustiguelo, los buenos criados son los que adivinan los pensamientos de sus amos.

Rus. Pues señor, yo soy un buen criado, y no sé adivinar.

Alf. Pero sin matar á la duquesa, no podias llamar, dar voces, pedir auxilio?

Rus. Si señor; y mañana hubierais hecho vos las amistades con vuestra esposa, y pasado mañana me hubierais mandado ahorear.

Alf. Por fin, dejemos esto. Dices que todavía no hay nada perdido?

Rus. No hay nada perdido. Veis esa ventana con luz? El señor Genaro no se ha ido todavía. Su criado, que estaba antes sobornado por la duquesa, y ahora lo está por mí, me ha enterado de todo. En este instante está esperando á su amo detras del castillo con dos caballos ensillados. Dentro de poco saldrá de su casa el señor Genaro para ir á juntarse con él.

Alf. Pues entonces arrimémonos á esta esquina. Como está la noche tan oscura no nos verá, y cuando pase le matarás.

Rus. Como dispongais.

Alf. Traes buena espada?

Rus. De Toledo.

Alf. Traes puñal?

Rus. Dos cosas hay que no se encuentran facilmente en este siglo. Una muger sin amante y un cortesano sin puñal.

Alf. Bien; pues cuidado.

Rus. Pero señor duque, por qué no mandais que la justicia le prenda y le ahorque por el pescuezo sin meternos en mas dibujos?

Alf. Es vasallo de Venecia, y sería declarar la guerra á la república. Una puñalada se da con la mayor facilidad, y nadie sabe de dónde ha venido. El veneno sería mejor, pero se nos ha malogrado.

Rus. Pues en ese caso iré yo á buscar tres ó cuatro amigos, y nosotros le despacharemos en un santi amen, sin que tengais que incomodaros en esperar aquí.

Alf. Hijo mio, el señor Maquiabelo me ha dicho muchas veces, que en casos como este ninguno hace las cosas tan bien como el interesado.

Rus. Siento ruido. Me parece que viene gente.

Alf. Arrimémonos bien á la pared. (*Se ponen en lo mas oscuro debajo del balcon. Mafeo llega vestido para el conuito y cantando entre dientes, y llama á la puerta de Genaro.*)

ESCENA II.

ALFONSO. RUSTIGUELO. (*Escondidos.*) MAFEO. Despues GENARO.

Maf. Genaro! (*Se abre la puerta y sale Genaro.*)

Gen. Eres tú, Mafeo? Quieres entrar?

Maf. No. Solo te quiero decir dos palabras. Con que positivamente estás resuelto á no venir esta noche con nosotros á cenar en casa de la Negroni?

Maf. Sino estoy convidado.

Gen. Yo te presentaré!

Gen. Tengo ademas otro motivo que no debo ocultarte. Voy á partir.

Maf. Cómo! Te vas de Ferrara?

Gen. Dentro de un cuarto de hora.

Maf. Por qué causa?

Gen. En Venecia te lo diré.

Maf. Es cosa de amores?

Gen. Sí, de amores.

Maf. Genaro, te portas mal conmigo: habiamos hecho juramento de no separarnos jamas, de vivir siempre juntos y mirarnos como hermanos, y ahora te vas y me dejas solo aqui?

Gen. Buen remedio, vente conmigo.

Maf. Al contrario, vente tú conmigo. Cuánto mas vale pasar la noche cenando con muchas damas, todas buenas mozas, que no galopando por el camino real, espuesto á que te salgan ladrones ó á rodar por un precipicio?

Gen. Pues esta mañana no estabas muy confiado en tu condesa Negroni.

Maf. He adquirido mejores noticias. Jacobo tenia razon: es una muchacha preciosa, y alegre como una pasena; muy amiga de versos y de música. Nada mas: vamos, vente conmigo.

Gen. No puedo absolutamente.

Maf. Irte solo de noche! Te van á asesinar en mitad del camino.

Gen. No tengas cuidado. Ea, á Dios, y diviértete mucho.

Maf. Hermano Genaro, me da muy mala espina tu viaje.

Gen. Hermano Mafeo, me da muy mala espina tu convite.

Maf. Si fuese á sucederte alguna desgracia sin estar yo alli...

Gen. Quién sabe sino me arrepentiré yo mañana de haberte abandonado esta noche?

Maf. Mira, lo mejor de todo es no separarnos. Ceda-mos cada uno un poco. Ven esta noche á cenar con-

migo en casa de la Negroni, y mañana al ser de día salimos de aquí los dos juntos. Digo algo?

Gen. Hombre, si tú supieras... Vamos, te contaré lo que me pasa, y verás si tengo razón para no detenerme. (*Hablan los dos en voz baja.*)

Rus. Acometo, señor? (*En voz baja al duque.*)

Alf. Veamos en qué para esto.

Maf. (*Dando una gran carcajada.*) Vaya, vaya, y que tú creas esas cosas, Genaro! No ves que se están burlando de tí, y que todo ha sido una pura comedia? Aquí no hay mas veneno, ni contraveneno, sino que la Lucrecia se muere por tus pedazos, y ha querido persuadirte que te salvaba la vida para que se lo agradezcas primero y después la ames. El duque es un señor de muy buena pasta, incapaz de matar á un pollo; sabe además que salvaste la vida á su padre. La duquesa quiere que te vayas, y no es extraño, porque en Venecia podreis veros con mas comodidad que en Ferrara. Aquí el marido la estorba siempre un poco. En cuanto á la cena de la Negroni será deliciosa, y es preciso que vengas. Qué diablos! No se deben llevar al extremo las cosas. Porque en dos ó tres banquetes famosos los Borgias hayan envenenado á sus mayores amigos con vinos excelentes, no debemos creer que en todas las admirables botellas de Siracusa han echado soliman y cardenillo, y que todas las hermosuras de Italia son discípulas de Lucrecia Borgia. Si así fuese, únicamente los niños de teta podrían estar seguros de lo que tragan, y cenar sin inquietud. Repito que son cuentos de brujas, y que sino quieres echarte otra vez nodriza, debes acompañarnos esta noche.

Gen. En realidad esta nocturna fuga no es muy decorosa para mí. Parezco enteramente un hombre poseído de terror pánico; y por otra parte, si es arriesgado quedarse en Ferrara, no te debo abandonar. No hay duda, y no te abandonaré. Ya está resuelto; este es un azar como otro cualquiera, y debemos arrostrarle juntos. Cuando quieras me presentarás á la condesa Negroni.

Maf. (*Abrazándole.*) Dame un abrazo! Eso se llama ser buen amigo! (*Vanse.*)

(Don Alfonso y Rustiguelo, saliendo de su escondite.)

Rus. A qué aguardamos, señor? (Con la espada desnuda.)

Alf. No, Rustiguelo. Van á cenar en casa de la Negra, y si yo no estoy mal informado... (Meditando un poco.) Ya se ve que sí; esto me tendrá mas cuenta, y será ademas un lance chistoso. Esperemos á mañana. Ven conmigo. (Entranse en el palacio.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Salon magnífico del palacio Negroni. A la derecha una puerta falsa. En el fondo otra puerta muy grande y ancha. En medio una cena suntuosa. Varios pagecillos negros vestidos de brocado de oro dan vueltas al rededor de la mesa. Cuando se levanta el telon aparecen cenando catorce personas; Jacobo, Ascanio, Mafeo, Ludovico, Apóstolo, Genaro y Yubeta, y siete hermosas damas ricamente vestidas. Todos comen, beben y rien á carcajadas, menos Genaro, que está pensativo y callado.

ESCENA PRIMERA.

APÓSTOLO. MAFEO. ASCANIO. JACOBO. YUBETA. NEGRONI.
LUDOVICO. MUGERES. GENARO. PAGE.

V
Após. Viva el vino de Jerez. Jerez de la Frontera es una ciudad digna de estar en medio del Paraíso. (*Con un vaso en la mano.*)

Maf. (*Con el vaso en la mano.*) No hay duda, el vino que bebemos vale mas que las historias que nos cuenta Jacobo.

Asc. Jacobo tiene el prurito de contar historias cuando se va achispando.

Após. El otro dia era en Venecia en el palacio del serenísimo dux Barbarigo; hoy es en Ferrara en el de la divina condesa Negroni.

Jac. El otro dia fue una historia lúgubre, hoy es una divertida.

Maf. Sí, divertidísima: que don Siliceo, caballero joven y buen mozo, que habia perdido su legítima al juego, se casó con la opulenta marquesa Calpurnia, que confesaba ella misma cuarenta y ocho primaveras. Voto va chicho! Y eso te parece muy salado?

Yub. Es insulso y triste: un hombre arruinado que se casa con las ruinas de una muger lo estamos viendo todos los dias. (*De tiempo en tiempo se levantan al-*

gunos de la mesa, y se vienen á hablar en la parte delantera del tablado. Mientras sigue el banquete y la bulla.)

Neg. Señor conde Orsini, teneis un amigo que parece muy melancólico. (*A Mafeo.*)

Maf. Siempre está así. Perdonadme que le haya traído á cenar con nosotros sin que le hubieseis convidado. Es mi compañero de armas; me salvó la vida en Rimini, y yo recibí en la jornada del puente de Vicencia un mandoble que venia destinado para él. Vivimos juntos, y nunca nos separamos. Un gitano nos dijo la buena ventura, y nos pronosticó que moriríamos el mismo día.

Neg. (*Riendo.*) Os dijo si moririais de día ó de noche?

Maf. Nos dijo que por la mañana.

Neg. (*Riéndose con mas fuerza.*) Pues era un gran majadero. Y quereis mucho á ese jóven?

Maf. Cuanto puede querer un hombre á otro.

Neg. No necesitais mas. Sois una persona feliz.

Maf. El corazon no se satisface solamente con la amistad.

Neg. Si á eso vamos, con qué se satisface el corazon?

Maf. Con el amor.

Neg. Siempre teneis el amor en los labios.

Maf. Y vos en los ojos.

Neg. De veras? Vaya que sois muy chusco.

Maf. Y vos muy linda. (*La coge por los brazos.*)

Neg. Dejadme, señor conde.

Maf. Mirad qué mariposita va por allí.

Neg. No quiero. (*Se escupa y se vuelve á su asiento.*)

Yub. (*Acercándose á Mafeo.*) Camarada, me parece que no va eso del todo mal.

Maf. Si me dice siempre que no.

Yub. No, en boca de una muger, es el hermano mayor de sí.

Jac. Con que te agrada la condesita? (*Reuniéndose con ellos.*)

Maf. Es un angel.

Jac. Y la funcion?

Maf. Mejor que de toros.

Jac. Pues la condesa es viuda.

Maf. Se conoce en su hipocondría.

Supongo que ya no tendrás acerca de su cena aque-
sospechas...

Maf. Yo! Ninguna. Me habia vuelto loco.

Jac. (*A Yubeta.*) Creereis que Mafeo tenia miedo de venir á cenar con la condesa?

Yub. Y por qué tenia miedo?

Jac. Porque el palacio Negroni está pegado al palacio Borgia.

Yub. Reniego de los Borgias...! Ea, vamos á beber.

Jac. (*En voz baja á Mafeo.*) Lo que me gusta de este conde de la Atalaya es que no puede ver á los Borgias.

Maf. Sí, no pierde ocasion de maldecirlos con muchísima gracia; sin embargo, amado Jacobo...

Jac. Qué hay?

Maf. Estoy observando á ese buen español, si lo es, desde el principio de la cena, y todavía no ha bebido mas que agua.

Jac. Ya vuelves á tus sospechas? Hijo, tienes un vino demasiado monótono!

Maf. Tal vez me equivocaré; no hagas caso de mí.

Yub. (*Era preciso buscar un pretexto para que estas mugeres se fueran. No sé cómo hacer.*) (*Se vuelve á su asiento.*)

Lud. (*Bebiendo.*) Aseguro, á fé de marques, que no he pasado en mi vida noche tan agradable. Probad este vino, señoras. No se puede comparar con nada: es mas suave que el vino de lacrima-crúti, y mas espirituoso que el de Chipre; es vino de Siracusa; en una palabra, el prototipo de todos los vinos.

Yub. Este ya está calamucano. (*Bebiendo.*)

Lud. Señoras, quiero recitaros unos versillos que acabo de componer. Desearia ser mas poeta que lo que soy en realidad para celebrar á unas mugeres tan admirables.

Yub. Y yo quisiera poder regalárselas á ciertos amigos.

Lud. Mi mayor recreo es cantar las alabanzas de una muger hermosa y de una buena cena.

Yub. Y el mio abrazar á la una y zamparme la otra.

Lud. Sí, quisiera ser un gran poeta, quisiera poder remontarme al cielo, y tener dos alas de Serafin en mi espalda.

Yub. Y yo dos alones de faisán en mi plato.

Lud. De consiguiente voy á recitaros mi soneto.

Yub. De consiguiente, señor marques Viteloza, podeis

guardar para mejor ocasion vuestro soneto, y dejar-
nos beber en paz.

Lud. Puedo guardar para mejor ocasion mi soneto!

Yub. Sí, para cuando querais echar á alguno de vues-
tra casa, ó asistais á algun enfermo que esté muy
desvelado.

Lud. Qué oigo? Es posible...? Me insultais, españolillo?

Yub. Yo no os insulto, italianazo; pero no quiero oir
sonetos, y menos vuestros. Mas apetece ahora mi gar-
ganta un vaso de vino de Chipre, que mis orejas to-
da la Iliada.

Lud. Cuánto apostais á que os arranco yo esas orejas y
os las clavo en los talones?

Yub. Idos á dormir la mona, bárbaro: habrás visto ma-
yor zopenzo? Aturcarse con vino de Siracusa y tener
traza de haberse emborrachado con mala cerveza!

Lud. Sabeis que si decís una palabra mas os voy á ha-
cer cuatro pedazos?

Yub. Eso es lo que no haré yo con vos; no sé yo trin-
char avestruces. Señoras, quereis que os sirva de es-
ta jaletina?

Lud. (*Echando mano al cuchillo.*) Vive Dios que he de
sacar las tripas á ese bellaco, aunque fuese mas ilus-
tre que el emperador.

Mug. (*Levantándose de la mesa.*) Cielos! van á reñir.

Tod. Teneos, Ludovico.

(*Desarman á Ludovico, y mientras las mugeres de-
saparecen por la puerta lateral.*)

Lud. Voto va sanes! (*Forcejeando.*)

Yub. (*Sin moverse de su asiento.*) Veis? Ya va haciendo
operacion vuestro soneto; ya no ha quedado ni una
sola muger en el cuarto. Sois un fiero mameuco!

Jac. Es verdad, se han ido todas: por qué se ha-
brán ido?

Maf. Porque tuvieron miedo.

Asc. Dejarlas, ellas parecerán.

Lud. Mañana nos veremos las caras, seo condecillo.

Yub. Mañana enhorabuena, pero esta noche solo trato
de beber. Por vida del gaznápiro! Dispersar un es-
cuadron de muchachas bonitas con un soneto en ame-
naza y una puñalada en cierne! Atufarse á propósito
de coplas! Bien dice que tiene alas. No es hombre,

no. A mi ver es un gran cigüeño que se acurrucará en lo alto de un campanario y dormirá sobre una pata sola hecho un ovillo.

Jac. Basta, señores, basta; haya paz, ó á lo menos treguas. Mañana os cortareis la cabeza si os place; pero siquiera reñireis como caballeros, con espada, y no con cuchillos.

Asc. Ahora que hablas de espadas, qué les ha sucedido á las nuestras?

Após. No te acuerdas que nos las hicieron dejar en la antesala?

Yub. Y fue buena precaucion, porque de lo contrario hubieramos reñido delante de las señoras, cosa que tendrian vergüenza de hacer unos carreteros flamencos, borrachos de mascar tabaco.

Gen. Buena precaucion por cierto!

Maf. Gracias á Dios que dices una palabra, hermano Genaro. No te se ha oido el metal de la voz desde que principió la cena. Ni tampoco has bebido; qué tienes? Estás pensando en Lucrecia Borgia? Por mas que lo niegues, me parece que tienes alguna cosa con ella.

Gen. Echame vino, Mafeo; ni en la mesa ni en el fuego abandono yo á mis amigos.

Pag. (Con dos botellas en las manos.) Señores, vino de Chipre, ó de Siracusa?

Maf. De Siracusa es el mejor. (El page llena todos los vasos.)

Jac. Mal haya Ludovico: si habrán resuelto estas mugeres no volver? Señores, las puertas estan cerradas por fuera. (Se acerca sucesivamente á las dos puertas, y empuja.)

Maf. Las habrán cerrado ellas porque no las sigamos. Te toca ahora á tí tener miedo, Jacobo?

Gen. Señores, bebamos. (Tocan unos vasos con otros.)

Maf. A tu salud, Genaro, y que encuentres pronto á tu madre.

Gen. Dios te oiga! (Todos beben, menos Yubeta, que echa el vino por encima de su hombro.)

Maf. Caramba! Esta vez lo he visto. (En voz baja á Jacobo.)

Jac. Qué has visto? (En voz baja.)

Maf. El español no ha bebido.

Jac. Y qué?

Maf. Ha arrojado el vino por encima de su hombro.

Jac. Está borracho, y tú tambien.

Maf. No te diré lo contrario.

Yub. Una cancion para beber, señores. El vino quiera música. Si yo me acordara os cantaríá veinte á cual mejores, y que valdrian algo mas que el soneto de Ludovico; pero soy flaco de memoria. Ea, quién sabe alguna? El que la sepa que levante el dedo.

Uno de ellos. Yo sé una, la de la corona.

Jac. Esa la sabemos todos.

Yub. Pues bien, cántala, y nosotros te acompañaremos.

Uno de ellos. A todo el que ladino
sabe apreciar el vino,
y contra su destino
no quiere mas broquel,
ciñámosle corona, corona de laurel.

Todos. Corona, sí, corona, corona de laurel.

(*Tocan sus vasos unos con otros, y riendo á carcajadas de repente se oyen á lo lejos voces que cantan en tono lúgubre.*)

Voces. (A fuera.) *Sanctum et terribile nomen ejus. Initium sapientiæ timor domini.*

Jac. (*Riendo aun mas.*) Oís, amigos? Vaya una cosa graciosa! Nosotros cantamos el vino, y el eco responde cantando vísperas.

Todos. Oigamos.

Voces. (*Acercándose.*) *Nisi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

(*Todos se echan á reir.*)

Jac. No hay mas. Es canto llano.

Maf. Alguna procesion que pasará por la calle.

Gen. A media noche? Me parece un poco tarde.

Jac. Ea, siga la cancion, siga la cancion.

Uno de ellos. A la muchacha bella

que apura la botella,
y todo lo atropella,
si avanza el moscatel,
ciñámosle corona, corona de laurel.

Todos. Corona, sí, corona de mirto y de laurel.

Voces. (Cada vez mas cerca.) *Oculos habent, et non videbunt, nares habent et odorabunt, aures habent et non audient.*

(*Todos vuelven á reirse.*)

Jac. Si será alguna burla?

Maf. No adviertes, Genaro? Las lámparas se estan apagando: vamos á quedarnos á oscuras.

(*Las luces se amortiguan efectivamente como si les faltase aceite.*)

Voces. (Aun mas cerca.) *Manus habent, et non palpabunt, pedes habent, et non ambulabunt, non clamabunt in gutture suo.*

Gen. Me parece que las voces se acercan.

Jac. Sí, creo que la procesion pasa ahora por debajo de nuestras ventanas.

Maf. Parece cosa de entierro.

Asc. Bebamos á la salud del pobre que van á enterrar.

Yub. Ó de los pobres; tal vez serán varios.

Jac. Pues bebamos á la salud de todos ellos.

Após. Bebamos, y prosiga el cántico.

Uno de ellos. Al bebedor panzudo,
alegre y tartamudo,
que cuando asoma, dudo
si es hombre, si tonel,
ciñámosle corona, corona de laurel,

Todos. Corona, sí, corona de yedra y de laurel.

(*Mientras ellos cantan y rien se va abriendo de par en par la gran puerta del fondo. Afuera se descubre un espacioso salon entapizado de negro con una gran cruz de plata en medio. Una larga fila de disciplinantes, vestidos unos de blanco y otros de negro, á quienes no se les ve mas que los ojos por los agujeros de las caperuzas, y*

con hachas en las manos, entran por la puerta grande cantando en tono lúgubre y en voz alta.)

De profundis clamavi ad te, domine!

(En seguida se colocan á los dos lados del teatro, y permanecen inmóviles como estátuas: mientras, los jóvenes los miran con espanto.)

Maf. Qué significa esto?

Jac. (Afectando reirse.) No te he dicho que era una burla? Apuesto cualquier cosa á que son nuestras amables compañeras de funcion que se han disfrazado de este modo para experimentarnos, y que si alzamos una de estas caperuzas vamos á encontrar debajo el semblante juvenil y malicioso de una pulida muger. A la prueba me remito. (Descubre á uno, y queda estupefacto al ver el rostro livido de un penitente, que prosigue inmóvil y con los ojos bajos; Jacobo deja caer el velo de la caperuza y retrocede.) Esto empieza á parecerme feo.

Maf. No sé por qué se cuaja toda la sangre de mis venas.

Los disciplinantes. (Con voz espantosa.) *Conquassabit capita in terra multorum.*

Jac. Qué horrible lazo! Mi espada, mi espada. Ah, señores, somos perdidos; estamos en casa de un demonio!

ESCENA II.

DICHOS. LUCRECIA.

Luc. Estáis en mi casa. (Apareciendo de repente vestida de negro en el umbral de la puerta.)

Todos. Lucrecia Borgia! (Menos Genaro, que observa desde un rincón del tablado en donde Lucrecia no le ve.)

Luc. (Adelantándose.) No hace muchos dias, los mismos que estais aquí pronunciabais ese nombre con arrogancia; hoy le pronunciáis con espanto. Razon tenéis; bien podeis mirarme con los ojos desencajados. Soy yo misma, yo, que vengo á daros una noticia

importante, y es que estais todos envenenados; no hay uno de vosotros á quien le quede media hora de vida. Adónde vais? No deis el menor paso; el aposento contiguo está lleno de lanzas. Ahora me toca á mí alzar la voz y hollar vuestra cerviz con mis pies. Jacobo Libereto, vé á acompañar á tu tio Viteli, á quien hice dar de puñaladas en los sótanos del Vaticano. Ascanio Petrucci, vé á encontrar á tu primo Pandolfo, á quien asesiné para robarle su feudo. Ludovico Viteloza, tu tio te aguarda: ya sabes, tu tio Diego Viteloza, á quien maté con yerbas en mi convite. Mafeo Orsini, vé á murmurar de mí en el otro mundo con tu hermano Gravina, á quien hice ahogar mientras estaba durmiendo. Apóstolo Gacela, tu padre Francisco, tu primo Alfonso de Aragon fueron degollados, segun dices, por disposicion mia. Vé á juntarte con ellos. Ahora creo que no nos debemos nada: me disteis un baile en Venecia, os pago con un banquete en Ferrara; funcion por funcion, señores.

Jac. Terrible modo de despertar, Mafeo!

Maf. Hora es de pensar en Dios, Jacobo.

Luc. (*A los penitentes.*) Hermanos, conducid á esos hombres al aposento inmediato, en donde hallarán los auxilios espirituales de que han menester en esta ocasion. Que aprovechen los pocos instantes que les quedan para salvar lo que puede aun salvarse de sus personas. Y vosotros, señores, dejaos guiar por ellos, y no temais la suerte futura de vuestras almas; estan en buenas manos. Esta es la antigua cofradía de los agonizantes, cuyo piadoso instituto es ayudar á bien morir á los que perecen de muerte violenta. En el trance en que os hallais, no podiais apetecer mejores amigos. Y no solamente he cuidado del bien de vuestras almas, sino que tambien he atendido al decoro de vuestros cuerpos. Volved la vista si quereis. (*A los penitentes que estan delante de la puerta del fondo.*) Hermanos, apartaos un poco para que estos señores vean. (*Los penitentes se apartan y dejan ver cinco atahudes, cubierto cada uno con un paño negro.*) Cinco atahudes estan prevenidos; está el número completo. Ah imprudentes, despedazais las entrañas de una

infeliz muger y presumis que no ha de vengarse! Este es el tiempo; Jacobo, este es el tuyo, Mafeo, Ludovico, Apóstolo, Ascanio, estos son los vuestros.

Gen. Todavía falta uno, señora. (*Dando un paso.*)

Luc. Cielos, Genaro!

Gen. El mismo.

Luc. Que salga de aquí todo el mundo, que nos dejen solos. Yubeta, suceda lo que suceda, y aunque se oiga ruido en este aposento, que nadie entre aquí, nadie.

Yub. Nadie entrará.

(*Los disciplinantes salen en la misma forma que entraron, y llevando entre sus filas á los cinco jóvenes en el estado mas deplorable.*)

ESCENA III.

GENARO. LUCRECIA.

(*Solo dan luz algunas lámparas que están apagándose. Las puertas han vuelto á cerrarse. Lucrecia y Genaro, que se han quedado solos, se miran algun tiempo de través y sin hablarse, como sino supieran por dónde empezar.*)

Luc. Genaro! Genaro!! (*Hablando consigo misma.*)

(*Cántico de los penitentes de la parte de afuera.*)

Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam.

Luc. Otra vez eres tú! Otra vez, Genaro! Siempre te has de poner en medio cuando voy á descargar un golpe! Dios mio! Cómo te has encontrado en este?

Gen. Vine por lo mismo que el corazon me anunciaba una catástrofe.

Luc. Sabes que estás envenenado segunda vez? sabes que vas á morir?

Gen. Siquiera, aquí traigo el contraveneno.

Luc. Le traes? Bendito sea Dios!

Gen. Una palabra, señora; pues sois práctica en estas cosas, decid: habrá bastante elixir en este frasquillo para salvar la vida á los jóvenes que han salido ahora de aquí?

Luc. Apenas hay bastante para salvar la tuya.

Gen. Y no podeis proporcionaros mas inmediatamente?

Luc. No puedo; te he dado todo lo que tenia.

Gen. Está bien.

Luc. Qué haces, Genaro? despáchate. No debemos dancearnos con unas cosas tan terribles. Nunca se tona demasiado pronto un contraveneno. Bebe, bebe, por amor de Dios! Qué imprudencia has cometido! Ea, date prisa á beber, asegura tu vida. Yo te haré salir de aqui por una puerta escusada. Todo puede remediarse aun. Es de noche; pronto se ensilla un caballo. Mañana puedes estar lejos de Ferrara. No es cierto que has presenciado en esta ciudad cosas espantosas? Es preciso salvarte, es preciso vivir.

Gen. (Tomando un cuchillo de la mesa.) Y vos, señora, preparaos para morir.

Luc. Genaro! qué es lo que dices?

Gen. Lo que digo es que habeis envenenado infamemente á cinco amigos míos, á mis mayores amigos, vive Dios! y entre ellos á Mafeo Orsini, mi compañero de armas, que me salvó la vida en Vicencia, y cuyos agravios debo yo vengar como él vengaria los míos. Digo que es una accion villana la que habeis hecho, y que es preciso que yo vengue á Mafeo y á los otros, y que vais á morir.

Luc. Dios mio!

Gen. Rogadle que os perdone, señora, y hacedlo pronto, porque estoy envenenado, y no tengo tiempo de esperar.

Luc. Genaro matarme á mí! Ah! No es posible.

Gen. Es muy cierto, señora; y os juro en nombre de Dios que si yo estuviese en lugar vuestro me pondria á rezar al instante con las manos cruzadas y de rodillas.

Luc. No, repito que es imposible; entre las ideas espantosas que me sugiere la fantasía, nunca se me hubiera ocurrido esta. Y qué? y qué? Alzas el cuchillo? Espera, Genaro, tengo una cosa que decirte.

Gen. Aprisa.

Luc. Suelta ese cuchillo, infeliz; suéltale, repito. Si tú supieras... Genaro, sabes quién eres? Sabes quién soy yo? Ah, no te lo presumes! Ignoras que la misma

sangre corre por nuestras venas, y que eres en fin...

Gen. Quién soy?

Luc. Mi sobrino.

Gen. Vuestro sobrino? Ah! Sí, soy vuestro sobrino! Y mi madre es sin duda esa virtuosa duquesa de Gandía, á quien todos los Borgias han perseguido tanto y han hecho tan desgraciada. Pues bien, señora tia, mi madre me habla de vos en sus cartas. Sois uno de aquellos parientes desnaturalizados que la infunden tanto horror, que mataron á mi padre y obligaron á su viuda á derramar tantas lágrimas. Quiere decir, que ademas de la muerte de mis amigos tengo que vengar en vos la muerte de mi padre, y tengo que librar de vos á mi madre. Ah! Vos sois mi tia! Yo soy un Borgia! Oh! Esta idea es capaz de volverme loco! Escuchadme, pues, tia, escuchadme, Lucrecia Borgia: habeis vivido demasiado tiempo, y estais tan cubierta de maldades, que es preciso que os aborrezcais vos misma, y no podais ya sufriros. Estais cansada de vivir sin duda. No es verdad que lo estais? Pues bien, acabemos de una vez. En las familias como las nuestras en que el crimen es hereditario, y pasa de padres á hijos como el nombre y el patrimonio, esta fatalidad se termina comunmente por un asesinato, que es un asesinato de familia, último crimen que venga todos los anteriores. Por eso nunca se ha vituperado á un hombre ilustre que corta una mala rama del arbol de su linage. El español Mudarra mató á su tio Rodrigo de Lara por menos de lo que vos habeis hecho, y ha sido alabado de la posteridad por haber muerto á su tio. Lo escuchais, tia, lo escuchais...? Pero basta ya de razones. Encomendad vuestra alma á Dios, si creéis en Dios y en vuestra alma.

Luc. Genaro, ten compasion de tí mismo. Todavía estás inocente; no cometas ese crimen.

Gen. Yo un crimen! Mi cabeza se trastorna y mi corazon se ofusca. Será un crimen mataros? Y qué? aunque lo sea, le comeré; tambien soy yo Borgia. Arrodiillaros, tia, arrodiillaros.

Luc. Cálmate, Genaro, vuelve en tí. No puedes sentir lo que dices, ni pagar así mi amor.

Gen. Amor!

Luc. Es imposible. Quiero salvarte de tí mism Voy á llamar, á dar voces.

Gen. No habrereis esa puerta, no dareis un paso, y aunque gritárais no os salvaríais. Vos misma acabais de mandar que ninguno entre aquí, suceda lo que suceda, y aunque se oiga el mayor ruido.

Luc. Pero Genaro, serías capaz de esa bajeza? Matar á una muger que no puede defenderse! Ah, no. Teneis sentimientos mas nobles. Escuchadme, escuchadme, y despues me matarás si quieres. No me importa la vida, pero es preciso que mi corazon se desahogue; está lleno de amargura al ver cómo me has tratado hasta ahora. Eres muy jóven todavía, y la juventud propende demasiado al rigor. Por último, si he de morir, no quiero morir de tu mano. Créeme, es imposible que yo muera de tu mano. No sabes tú cuán horroroso sería eso. Ademas, Genaro, aun no ha llegado mi hora. Es cierto que he cometido muchas malas acciones, y que soy una muger perversa; pero por lo mismo que lo soy es preciso darme tiempo para volver en mí, para arrepentirme.

Gen. Qué habeis hecho de mi madre, señora Lucrecia Borgia?

Luc. Espera, Genaro, espera. Dios mio! No te lo puedo decir todo, y si te lo dijera tal vez no harias mas que aumentar el horror y desprecio que te causo. Oyeme un instante mas. Mira, yo quisiera que me dejaras echarme á tus pies y mostrarte mi arrepentimiento. No es verdad que me perdonarias la vida? Pues bien, quieres que me haga religiosa? quieres que me encierre en un monasterio? qué? Si te dijeran, esa miserable muger se ha afeitado la cabeza, duerme sobre la ceniza, cava su sepultura con sus manos, pasa los dias y las noches en oracion, rogando á Dios, no por sí misma, aunque tanto lo ha menester, sino por tí para que seas dichoso, para que la perdones, para que eches algun dia sobre ella una mirada compasiva, para que derrames algunas lágrimas sobre las dolorosas úlceras de su corazon y de su espíritu, y vuelvas á decirle con esa voz tan severa como la del juicio final: "Sois Lucrecia Borgia!" si te dices.

Genaro, tendrías alma para apartarme de
Perdon, perdon; no me mates, Genaro mio! Vi-
vamos entrambos, tú para perdonarme, y yo para
arrepentirme. Ten alguna lástima de mí. De qué
sive tratar sin misericordia á una pobre muger que
te pide por caridad una mirada de compasion. Ah! la
vida, Genaro mio, concédeme la vida; mira que te lo
digo por tí mismo; sería la mayor de las infamias la
que cometerias si me matases; sería un crimen es-
pantoso, un horrible asesinato. Matar un hombre á
una muger, á un ser tan débil! Ah! no lo harás, no
lo harás.

Gen. Señora... (*Conmovido.*)

Luc. Ah! ya lo veo; ya me has perdonado! No lo pue-
des negar, lo leo en tus ojos! Déjame llorar
pies...

Una voz. (*Afuera.*) Genaro!

Gen. Quién me llama?

La voz. Hermano Genaro!

Gen. Es Mafeo.

La voz. Genaro, yo muero, véngame.

Gen. (*Volviendo á levantar el cuchillo.*) Se acabó, ya no
escucho nada.

Luc. (*Defendiéndose y deteniéndole el brazo.*) Perdon,
perdon; una palabra mas!

Gen. No.

Luc. Una sola palabra.

Gen. No.

Luc. Perdon; óyeme!

Gen. No.

Luc. Por lo que mas amas!

Gen. No. (*La hiere.*)

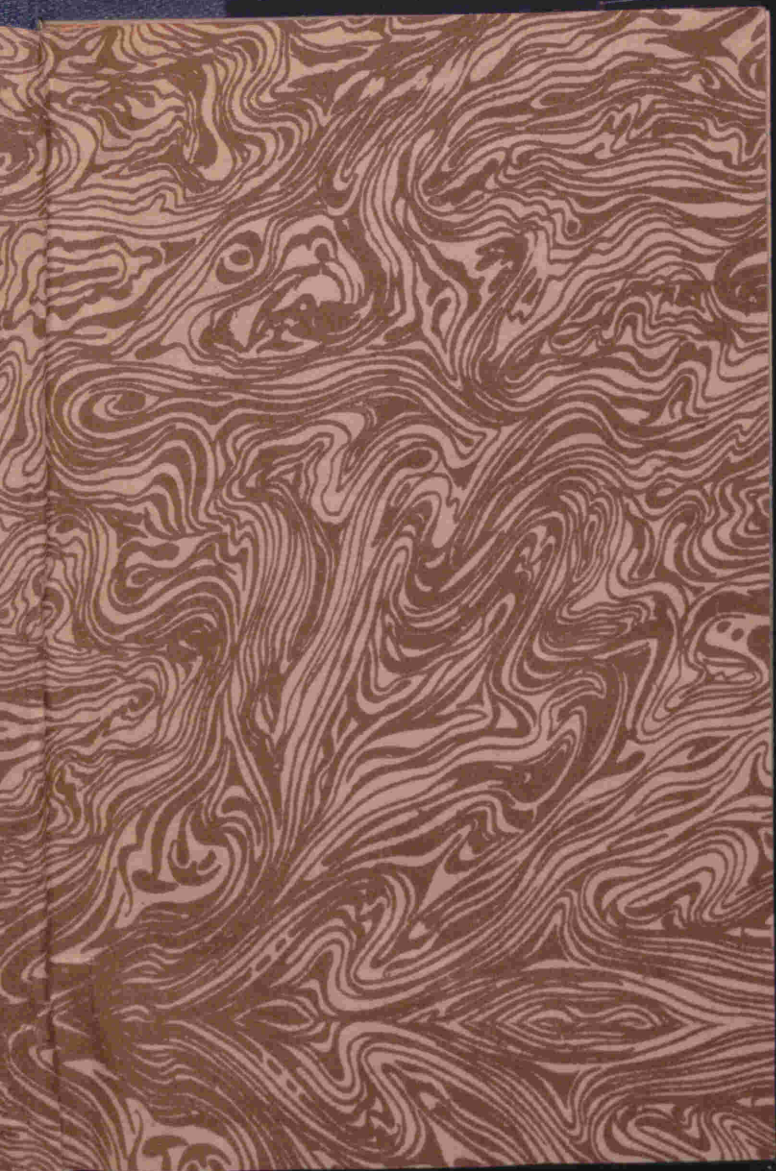
Luc. Ah, me has muerto! Genaro...! soy tu madre.

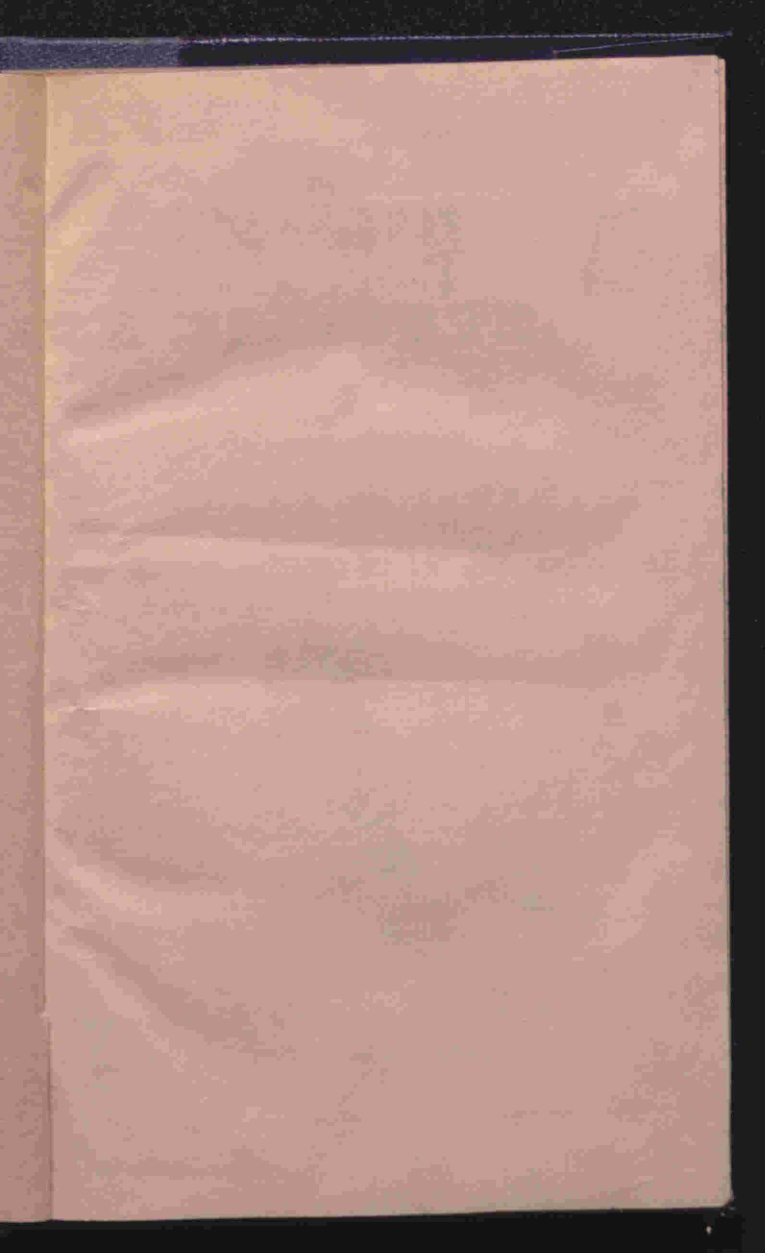
FIN DEL DRAMA.



XIX







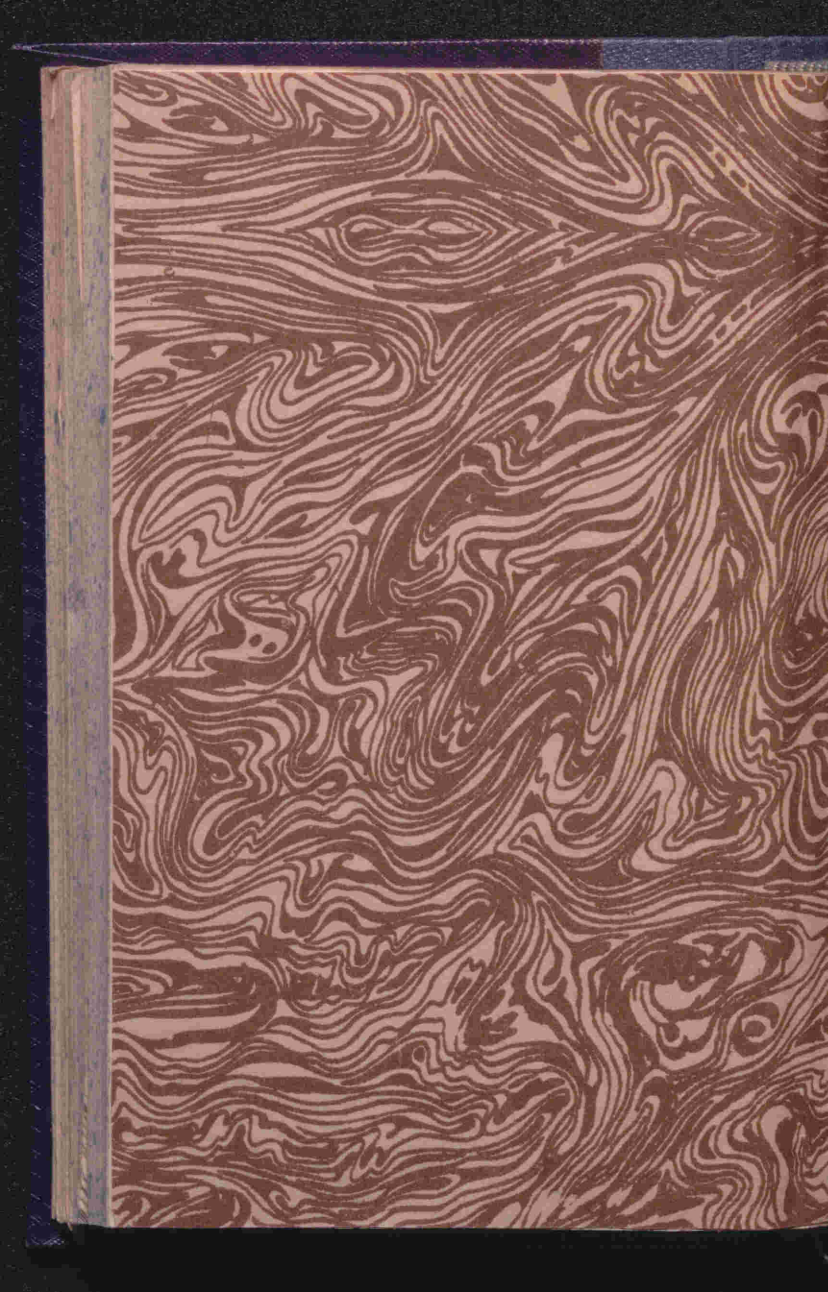
(Echando sobre el canchil) — ¡Esa es la
 oja! (Echando sobre el canchil) — ¡Esa es
 de algunos instantes de la vida imitada en
 esta acción, un momento de la vida imitada
 te, imitando todo el tanto. — Triboles
 te la vida y la vida de la vida en la vida
 (Abre la boca) — ¡Mi vida! — ¡Mi vida!
 una vida... una vida... una vida... una vida...
 la... — ¡Mi vida la vida... la vida... la vida...
 for de la vida. (Echando sobre el canchil)
 (Echando sobre el canchil) — ¡Mi vida!
 (Echando sobre el canchil) — ¡Mi vida!
 (Echando sobre el canchil) — ¡Mi vida!
 (Echando sobre el canchil) — ¡Mi vida!
 (Echando sobre el canchil) — ¡Mi vida!
 (Echando sobre el canchil) — ¡Mi vida!
 (Echando sobre el canchil) — ¡Mi vida!
 (Echando sobre el canchil) — ¡Mi vida!

ESCENA XII.

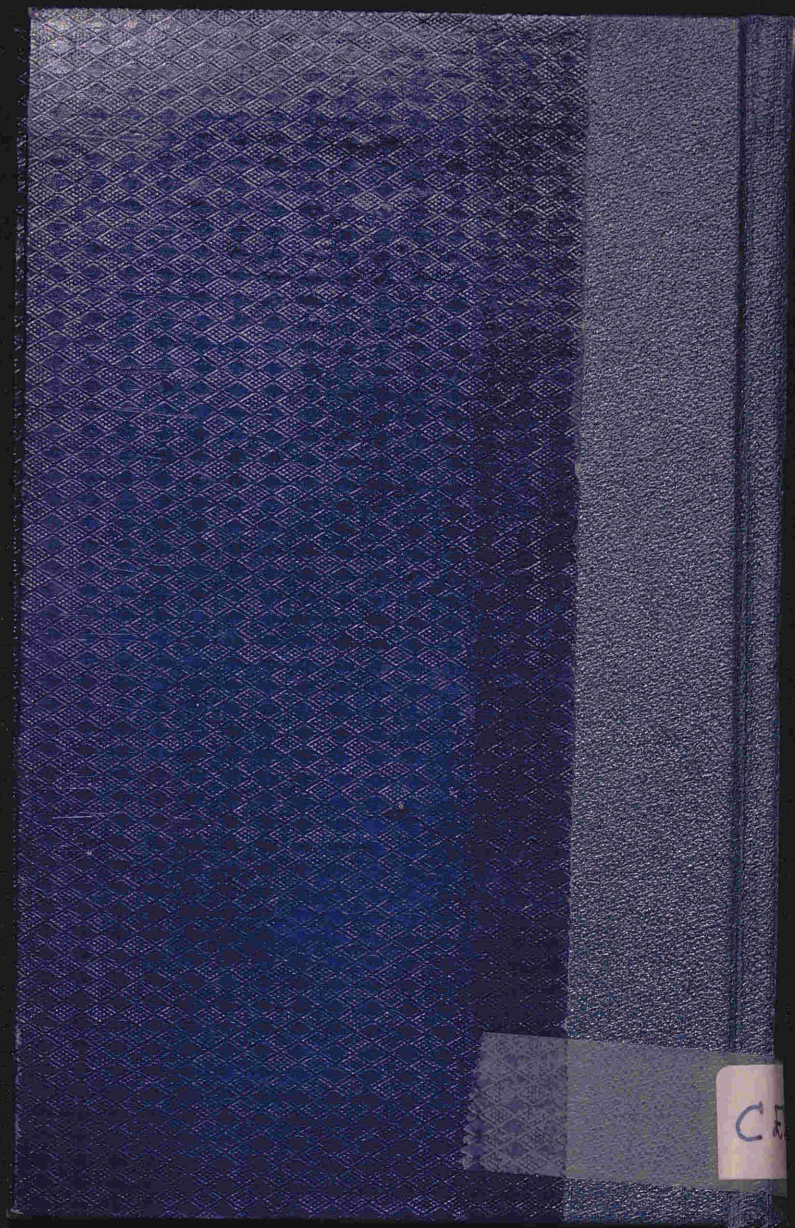
EL REY, LA REINA, EL PRINCEPE.

(El Rey y la Reina se dan la mano y se miran)
 Ya no hay más: este es el momento.
 (El Rey y la Reina se miran)
 (El Rey y la Reina se miran)
 (El Rey y la Reina se miran)
 (El Rey y la Reina se miran)
 (El Rey y la Reina se miran)
 (El Rey y la Reina se miran)
 (El Rey y la Reina se miran)
 (El Rey y la Reina se miran)

CAE EL TELÓN.







XI-X-S2



Comedias Españolas
del Siglo XX